



M O S A I C O S

LAS RELIGIONES EN EL MUNDO

Odon Vallet



MOSAICOS

Traducción de

TATIANA SULE FERNÁNDEZ

Odon Vallet
LAS RELIGIONES EN EL MUNDO

*Una explicación para comprender
Un ensayo para reflexionar*





siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.

CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310, MÉXICO, D.F.

siglo xxi editores argentina, s.a.

LAVALLE 1634, 11 A, C1048AAN, BUENOS AIRES, ARGENTINA

portada y diseño de interiores: maría luisa martínez passarge

primera edición en español, 2003

© siglo xxi editores, s.a. de c.v.

ISBN 968-23-2443-2

tercera edición en francés, 1998

© flammarion, paris

título original: *les religions dans le monde*

derechos reservados conforme a la ley

impreso y hecho en méxico / printed and made in mexico

PRÓLOGO

“El siglo XXI será religioso o no será”, habría dicho André Malraux. Esta cita del autor de *La condición humana*, tantas veces repetida, tiene, no obstante, todas las posibilidades de ser falsa. Según algunos de sus interlocutores, él hablaba de un próximo siglo místico, para otros, de una época de guerras de religión.

De manera más general, se piensa a menudo en un retorno de lo religioso opuesto a la decadencia de las ideologías, sobre todo de aquellas que pretenden ser o se dicen ateas: lógicamente, hacemos corresponder el retroceso del comunismo con una renovación de las comuniones.

Este enfoque es doblemente discutible. En primer lugar, en ciertos aspectos, el comunismo es una religión, con sus mausoleos de semidioses, su culto a la personalidad, su promesa del paraíso en la Tierra en forma de alegres futuros y su práctica de la confesión con el nombre de autocrítica.

Por otra parte, las iglesias no supieron, no pudieron o no quisieron tomar el lugar del Partido. En 1996, en Polonia hay menos gente en la misa que en tiempos de la ocupación soviética, cuando los sacerdotes aparecían como miembros de la resistencia frente al enemigo de la patria y al opresor

del pueblo. En Francia, en Italia o en España, la disminución del voto comunista aún no ha producido un claro aumento de la práctica religiosa.

Por el contrario, las dos curvas han tenido bajas paralelas, como si se manifestara el mismo rechazo de los aparatos militantes, la misma duda de una salvación colectiva y el mismo repudio de un reparto igualitario que iniciaron los primeros apóstoles cristianos: “Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos, según la necesidad de cada uno” (Hechos de los Apóstoles, 2, 44-45).

Este reflujó también puede expresar una desilusión respecto de los mesianismos planetarios. En una época en la que muchos sufren los efectos de la competencia mundial y vuelven a sus raíces locales o a defensas corporativistas, la desconfianza afecta a las grandes “internacionales” del pensamiento, sospechosas de tendencias cosmopolitas. ¿Acaso es una casualidad el hecho de que tantos relatos o novelas denuncien con el mismo vigor las conspiraciones urdidas en el Kremlin y en el Vaticano?

Y sin embargo, junto a ese debilitamiento confesional, no se puede negar un retorno de lo religioso, a menudo vinculado con mutaciones geográficas. En Francia, se multiplican los bautizos de adultos y cada año Lourdes recibe a cinco millones de peregrinos, dos millones de los cuales son franceses. En Inglaterra, la Iglesia anglicana* lamenta una práctica religiosa inferior a un 5 por ciento de los bautizados, y hoy, en el oficio dominical, los católicos son más numerosos que sus “hermanos separados”. En Estados Unidos (como en el

* La primera vez que aparece un término importante de un vocabulario especializado, que se explica en el glosario, va seguido de un asterisco.

mundo entero), los judíos conocen un relativo descenso numérico y, en las estadísticas, los mormones están a punto de alcanzarlos. ¿Hace veinte años, quién habría dicho que los discípulos de John Smith serían tan numerosos como el pueblo de la Biblia?

Desde luego, no es sólo un asunto de cifras, sobre todo en el caso de una religión como el judaísmo que, en menos de medio siglo, habrá dado a la humanidad a Marx, Freud y Einstein. Ello no impide que el progreso de los medios de comunicación traiga consigo una enorme mezcla de creencias y una desplazamiento de la fe en una especie de carrera de persecución entre la mentalidad localista y la conciencia planetaria. No hace mucho, se decía que el cantón suizo del Balais era una de las regiones más católicas del mundo, donde, además, durante la misa se cerraban todos los cafés. Pero sucede que ahí el budismo tibetano* organiza retiros con éxito. Más bien, hay que hablar de una nueva geografía de las religiones cuando, al pie del Cervino, se predica a Buda.

Dentro de los límites de esta obra, una primera parte describirá esas migraciones religiosas que, por otro lado, tienen un efecto en el contenido o al menos en la expresión de la fe: cuando la mayoría de los anglicanos son negros, uno se figura que el anglicanismo ya no es del todo el de la reina Victoria.

En una segunda parte, por el contrario, buscaremos los elementos de permanencia: ¿por qué, pese a la secularización del mundo contemporáneo, los individuos y los grupos buscan referencias más allá de lo humano? Sobre la infinita tardanza de la “muerte de Dios”, también será conveniente hacerse una religión.

Asís, 1986. *La reunión ecuménica de Asís, que tuvo lugar en 1986 por invitación del papa Juan Pablo II, reunió a los jefes espirituales de las principales confesiones del mundo, procedentes de todos los continentes. Si bien el tema principal era la paz, ello no impidió lamentablemente que aparecieran nuevos conflictos en los que estaba involucrada la religión. Foto © G. Giuliani/CIRIC.*

La mezcla de creencias



LAS RELIGIONES COMPITEN ENTRE SÍ

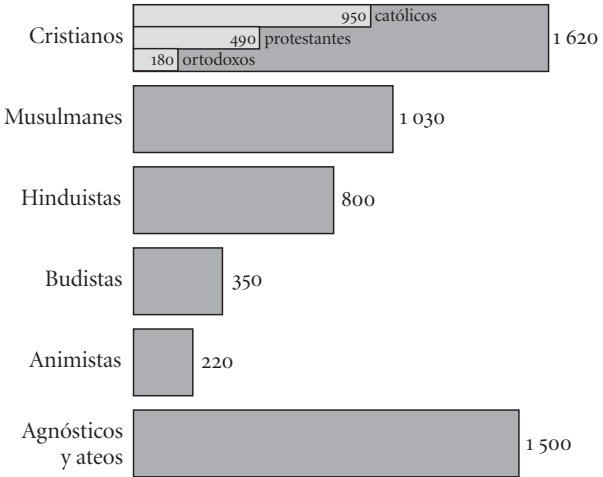
En la historia de las lenguas, prácticamente no hay palabra más discutida que “religión”, cuya etimología divide a creyentes y no creyentes: ¿será que existe el temor de descubrir los orígenes del culto y de revelar el misterio de una religión cuyo nombre se profanaría al analizar el término?

Balzac decía que “religión quiere decir vínculo”. Siguiendo al teólogo cristiano Tertuliano, quien veía en la religión un medio privilegiado de los hombres para relacionarse entre sí vinculándose con los dioses, la religión sería el remedio para el individualismo y el antídoto contra la soledad de los que rompieron los puentes entre la Tierra y el Cielo.

Pero para Cicerón y otros autores latinos, la religión no expresa la idea de unir (*religare*) sino la de recoger (*relegere*) tradiciones y conservar obligaciones con “escrúpulo” (*religio*). Libros de oraciones, recogimiento del espíritu, recolección meditativa serían los frutos de esa cosecha que es una selección de escritos y de palabras, un ramillete espiritual. Pero cualquier selección supone también una exclusión, un rechazo de maravillas o de verdades irreconciliables, a menos que el florilegio se transforme en popurrí.

Las principales religiones del mundo en 1998

(en millones de fieles)



Esas cifras son aproximadas por orden de importancia, porque las estadísticas varían mucho según las fuentes. Los cristianos empadronan a todos los bautizados, practicantes o no. En el caso de los musulmanes, de una manera más general, las autoridades oficiales consideran incorporados a la religión de Mahoma a todos los habitantes de un país, oficialmente islámico (por ejemplo Arabia Saudita o Irán).

La cifra de budistas sería mucho más elevada si se contara a todos los adeptos de la "religión china" que aproxima más o menos al confucianismo, el taoísmo y el budismo. Además, como China oficialmente aún es atea, cerca de tres cuartas partes de sus habitantes se consideran sin religión.

La cifra de animistas podría duplicarse si se contara a los adeptos de la "religión japonesa" que es una mezcla de budismo y de sintoísmo, donde este último culto a menudo se vincula con el animismo. Además, numerosos cristianos y musulmanes, sobre todo en África y en América Latina, conservan prácticas animistas.

Hay que tomar con reservas el número de agnósticos (sin religión declarada) y de ateos (sin dios) que corresponde a situaciones tanto colectivas como individuales: en ciertos países hay libertad de opinión religiosa, pero en otros, uno debe adherirse más o menos a la religión o al ateísmo oficial.

La tentación del sincretismo

Así, cada religión oscila entre dos actitudes opuestas. Por un lado, teme excluir y olvidar, encerrarse en las aportaciones de otra parte o de otro tiempo que podrían enriquecerla: el cristianismo se apoderó de todo el libro santo del judaísmo bautizándolo como Antiguo Testamento, y el Islam se alimentó ampliamente de la Biblia reverenciando, entre otros, a Abraham y a Jesús. Por medio de esta minuciosa recolección, las religiones se opondrían a una modernidad hecha de olvidos y de rupturas. Rechazarían un abandono del patrimonio mezclando estrechamente lo cultural y lo cultural. En ese sentido, podemos decir, junto con Michel Serres, que lo contrario de la religión es la negligencia.

Pero este proceso colectivo no es exhaustivo. Cada religión rechaza aportes doctrinarios y refuerzos de fieles por miedo a perder su identidad. El judaísmo ha negado la herencia de la religión cananea* a la que, no obstante, le debe el propio nombre de su Dios, El, que se convertirá en Elohim, una de las dos denominaciones (junto con con Yahvé) del Dios de la Biblia. El cristianismo siempre ha rechazado la influencia de la religión iraní* que sin embargo le legó el paraíso (jardín a la iraní), el “Buen Dios” (opuesto al príncipe del mal), los Reyes Magos (sacerdotes de Zoroastro*), el cirio pascual (que recuerda los templos del fuego iraníes) y la fecha de Navidad (el solsticio de invierno, fecha del “Sol invencible” en el culto de Mitra*).

En este sentido, para mantener la coherencia de la fe y la cohesión de los creyentes, las religiones no dudan en deshacerse de algunas de sus raíces e incluso en dejar caer algunas de sus ramas llamadas heréticas. Al oponer las doctrinas ortodoxa y heterodoxa consideran que no se podría ser de otro modo y pensar con rectitud.

Pero el peor enemigo de las religiones es el sincretismo, esa mezcla de doctrinas o de tradiciones, cuya versión popular quiere que “todas las religiones vengan a ser lo mismo” y la versión sabia de que “todas las religiones tengan una misma estructura”. No obstante, en primera instancia, el sincretismo era una “unión de cretenses”, es decir, una alianza de dos ciudades de esa isla contra un enemigo común: como prueba de que la unión hace la fuerza, dejaban de lado sus diferencias económicas e ideológicas. Es verdad que las alteraciones de los principios casi no les costaban puesto que, en el mundo griego, “actuar como cretense” significaba ser pérfido...

Los ejemplos de sincretismo son múltiples: comúnmente hablamos de religión grecorromana o judeocristiana. Pero el cristianismo en sí mismo es fruto de la historia santa de los judíos y de la filosofía de los griegos. La religión japonesa sintetiza el culto de la fecundidad del sintoísmo con la familiarización con la muerte del budismo. La religión china armoniza el orden confuciano, el equilibrio taoísta y la serenidad budista. Ejemplo extremo de sincretismo, el caodaísmo* de Vietnam venera a Cristo, Buda, Confucio, Sun Yat-sen, Juana de Arco y... Víctor Hugo: incómodos vecinos del Imperio chino para los colonizadores de la República francesa, cada potencia debía ser venerada y apaciguada de esta manera.

La esperanza ecuménica

Las religiones prefieren el ecumenismo, ese acercamiento de las doctrinas de la “tierra habitada” (*oikoumen*) que nace, en el periodo de entreguerras, del escándalo de los países cristianos que se mataban entre sí, al sincretismo, con fre-

cuencia tan renegado como vivido. El texto del Evangelio de la misa del 1 de agosto de 1914 anunciaba: “Tus enemigos te rodearán con vallados” (Lucas, 19, 43). Sacerdotes y pastores de ambos campos lo comentaron desde un punto de vista nacionalista antes de que, presos del remordimiento, llegaran a predicar la reconciliación de los pueblos y de las iglesias. Muchas religiones tuvieron sus concilios ecuménicos, sobre todo el budismo, pero el más célebre de los tiempos modernos sigue siendo el del Vaticano II (1962-1965), “el mayor acontecimiento del siglo xx”, según el general de Gaulle. Ese concilio, que pretendía promover la unidad de los cristianos y el diálogo entre las religiones, gracias al papel capital de los cardenales de Lila y de Colonia, fue justamente el fruto de la reconciliación franco-alemana y, con la cooperación de los obispos del mundo entero, un equivalente espiritual de las Naciones Unidas.

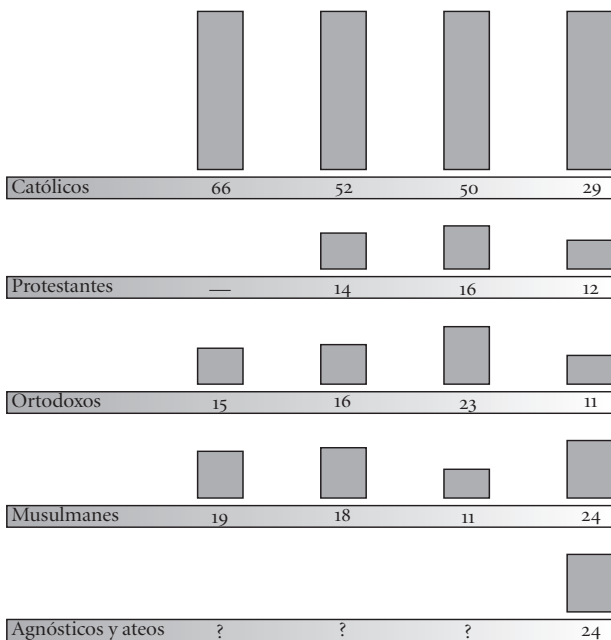
No obstante, la competencia sigue viva entre las religiones, varias de las cuales pretenden ser universales, es decir, en griego, “católicas.” Si bien ciertas religiones, como el judaísmo, están unidas a un pueblo, y algunas, como el hinduismo*, a una cultura, otras tienen vocación de convertir al planeta: no hay nada en el islam, el budismo o el cristianismo que sea exclusivo de una civilización ni incompatible con una nacionalidad. En cuanto al animismo, tan cercano a la naturaleza, en esta época de migración de los prejuicios, sólo puede repetir: “No tenemos más que una sola tierra.”

De manera que hay dos actitudes posibles para manejar los particularismos étnicos o políticos: se puede predicar en todas partes la misma religión respetando las diferencias culturales o tomar nota del pluralismo religioso procurando integrarlo a una misma cultura. La primera actitud fue la de san Pablo, quien decía querer ser “griego entre los griegos y judío entre los judíos”. La segunda actitud era la de los

griegos o la de los romanos que en todas partes veían equivalentes de sus dioses y sus diosas: la Venus de Roma, en Grecia se llamaba Afrodita, Cibeles en Medio Oriente e Istar en Babilonia.

Hoy como en la Antigüedad, las relaciones comerciales y los conflictos militares modifican sin cesar el atlas de las religiones. Así, algunos juegan la carta de la aculturación*. Por ejemplo, cuando los misioneros cristianos llegaron a África ecuatorial, tuvieron muchas dificultades para explicar el

Evolución de las religiones en Europa y en la cuenca mediterránea (en porcentaje de la población total)



salmo 51: “Lávame Tú, y quedaré más blanco que la nieve.” De modo que, en lengua bantú, tradujeron: “Lávame Tú, y seré tan negro como el ébano.”

Semejantes adaptaciones facilitaron el auge mundial de las religiones. Pero se topan con el apego a las tradiciones locales que permite a las antiguas creencias subsistir bajo la nueva ley: las religiones no sólo se expanden en el mundo, sino que también se superponen. El catolicismo bretón integra numerosos elementos de la antigua religión celta y muchos de sus “santos” legendarios poseen los poderes de los druidas. El islam africano transmite prácticas animistas y sus morabitos se vuelven brujos cuando mezclan el Corán con los amuletos.

A partir del siglo XVI, la Reforma protestante y la Contrarreforma católica dividieron a la cristiandad. Cinco siglos atrás, antes del cisma entre Oriente (ortodoxos) y Occidente, al menos de manera oficial, sólo había una Iglesia cristiana. Este cuadro muestra la importancia de la división de los cristianos.

En el siglo XX, la ortodoxia resintió mucho la victoria del comunismo ateo en Europa del Este. El reflujo de este último podría inaugurar un ascenso del cristianismo oriental.

Entre los siglos XVII y XIX el islam conoció un fuerte retroceso vinculado con el colapso del Imperio Otomano y con la colonización de los países asiáticos y africanos ribereños del Mediterráneo por parte de las potencias cristianas. La independencia de esas antiguas colonias y su fuerte crecimiento demográfico, explican el rápido ascenso del islam.

Antes del siglo XX, no se puede evaluar el agnosticismo ni el ateísmo, lo que no significa su inexistencia. En el siglo XX coexisten un agnosticismo y un ateísmo individuales, más bien en aumento, así como un ateísmo colectivo (régimen marxistas), que disminuye de manera significativa desde el derrumbe de la URSS.

Sería instructivo pero temerario pretender establecer un cuadro semejante para el conjunto del mundo debido a la incertidumbre de las estadísticas demográficas y de las categorías religiosas: por ejemplo, en América, ¿en qué grupo podríamos colocar a las religiones precolombinas?

La alteración de las referencias

La actual globalización de los mercados tiende a generalizar las mezclas de creencias a tal punto que altera las referencias geográficas y teológicas tradicionales. Por otra parte, los responsables religiosos denuncian ese “supermercado de la fe” donde cada uno puede construirse una religión en kit, un poco como en esos cultos del carguero* melanesio donde unos profetas locales prometían a los indígenas distintas mercancías del extranjero si seguían sus consignas. ¿Pero podemos burlarnos de esa “religión de pacotilla” negando que la economía influye en las creencias? En Teherán, una huelga del Gran Bazar fue la que llevó al gobierno al régimen de los ayatolas y, en Moscú, el colapso del comunismo provocó la llegada de las sectas* estadounidenses. El poder espiritual no deja de tener lazos con la bolsa de valores.

En esta dimensión de lo divino, no es fácil discernir las posturas y las partidas: comparar las religiones es una ardua tarea puesto que cualquier fe pretende ser única. A veces se evoca a los “tres monoteísmos” hablando del judaísmo, del islam y del cristianismo. Se olvida que los budistas, sobre todo los del Pequeño Vehículo* (o hînyana), se refieren a un principio espiritual único y que el hinduismo considera a Brahma, Shiva y Visnú, como las “tres formas” (*trimûrti*) de una misma esencia divina. En cierto sentido, los creyentes de la Tierra entera pueden cantar el coro de Juan Sebastián Bach: “Todos creemos en un solo Dios.”

A propósito de las mismas confesiones, también se habla de las “tres religiones del Libro” porque se refieren a la Biblia, al Corán y al Evangelio y porque, en griego, “Biblia” (*biblos*) quiere decir “libro”. Sin embargo, sería mejor hablar de religiones de los Libros (“biblia”, en griego, es plural), a sabiendas de que, en cualquier civilización que posea escritu-



Billy Graham en Moscú. *El televangelista estadounidense predica en un estadio en Moscú, capital de la ortodoxia, en lo sucesivo confrontada a la libre competencia de las religiones. El gobierno estadounidense insistió ante Boris Yeltsin para que la nueva legislación rusa asegure la plena libertad de conciencia y de predicación. Foto © Fot. Blanche/Gamma.*

ra, las religiones tienen sus libros sagrados: los Avesta* iraníes o los Veda* hindúes también están impresos como los versículos de la Biblia o los suras* del Corán. Y, con excepción de algunos cultos misteriosos, dado que los etnólogos se percataron de los rezos orales de las sociedades llamadas primitivas, todas las religiones del mundo poseen referencias en forma de libros.

En consecuencia, es forzoso recurrir a un método a fin de cuentas democrático: estudiar las trayectorias de las religiones que tienen el mayor número de fieles en el mundo. Esta especie de *rating* de las voces celestes pone a la cabeza al cristianismo, seguido del islam, es decir, las dos religiones “hijas” del judaísmo, en la medida en que estas tres confesiones se refieren a Abraham y a su descendencia, tomando



Monasterio de Karmaling. *Este stupa, monumento funerario búdico, está implantado delante de un monasterio de Savoya, una cartuja de la Edad Media reconstruida en el siglo XVII. A los cartujos, orden cristiana contemplativa fundada en el siglo II por san Bruno, los suceden monjes y personas en retiro espiritual budistas, cuya religión, que nace en los contrafuertes del Himalaya, se aclimata a la naturaleza alpina. Foto © M. Gounot/CIRIC.*

numerosos elementos de la fe del pueblo de Israel (véase cuadro p. 79). Más adelante se estudiarán las religiones del Extremo Oriente relativamente agrupadas: en efecto, el hinduismo, el budismo, el taoísmo* y el sintoísmo* desarrollaron entre sí lazos tan flexibles y sinuosos como las lianas de la jungla. Por último, no hay que olvidar el animismo, presente casi en todas partes del mundo por medio de la adoración de los elementos cósmicos y profesando, en nuestro universo de artificios, el gran retorno de la naturaleza.

EL CRISTIANISMO SE DESCENTRA

La historia del cristianismo parece confundirse con la de Europa y, por lo demás, los “padrinos” de la Europa política fueron demócrata-cristianos: el alemán Adenauer, el italiano De Gasperi y el francés Robert Schuman, tres dirigentes del oeste del continente y tres defensores de la Europa atlántica.

Esta Europa cristiana tiene como patrono a san Benito (v. 480-v. 547), patriarca de los monjes de Occidente, y como símbolo a Carlomagno (747-814), primer emperador de Occidente. Si bien el patrocinio del primero, fundador de la orden de los benedictinos, casi no causa problemas, el del segundo debe ponerse en tela de juicio: al modificar la fórmula del *Credo* (creo en Dios) mediante la introducción del *filioque* (el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo y no del Padre *por* el Hijo), Carlomagno preparó la gran escisión de Europa y de la cristiandad entre “ortodoxos” y “católicos”.

La decadencia de la Europa cristiana

A partir de ese cisma (1054), hay dos Europa cristianas, la de Oriente y la de Occidente. Novecientos años más tarde, sus

fronteras aún son líneas de fractura, incluso campos de batalla: en los estados bálticos, en Ucrania, entre los serbo-croatas todavía se enfrentan ortodoxos y católicos, es decir, partidarios y adversarios de la “Santa Rusia” y de la “Roma eterna”, donde cada uno es conminado a ser el aliado o el enemigo. Y cuando Stalin y Hitler soñaron, ambos, con fundar una “nueva Roma” retomaron la vieja guerra que opone a cristianos de Oriente y de Occidente, la que, en 1242, había establecido el gran duque de Novgorod contra los caballeros teutones y que inmortalizó la película de Eisenstein, *Alexandre Nevski*.

A partir de 1917 y, más aún, de 1945, Europa del Este y el cristianismo oriental conocieron una nueva “ortodoxia”, la del marxismo-leninismo que se propuso erradicar la religión tradicional. Las consecuencias fueron catastróficas para la confesión ortodoxa, cuyo número de fieles en el mundo se redujo probablemente a la mitad. La reciente caída de los regímenes comunistas, si bien debería confirmarse, significaría pues una revancha de la fe cristiana, y en la nueva Rusia capitalista ya se observa, si no un fuerte aumento de la práctica religiosa, al menos un regreso de la Iglesia institucional ortodoxa y una proliferación de sectas.

No obstante, las dos “ortodoxias”, marxista y cristiana, supieron a veces llevarse bien en la lucha contra las potencias occidentales: en 1941, cuando Alemania atacó Rusia, Stalin recibió el apoyo del patriarca de Moscú, que se unió al “Padrecito de los pueblos” para oponerse a esa “marcha hacia el este” de los alemanes y sus aliados del oeste europeo.

Los últimos asaltos espirituales contra el comunismo vinieron del Oeste, de la Polonia católica y del papa Juan Pablo II. Ellos lograron vencer al sistema marxista encarnado por el “amo del Kremlin”, quien gobernaba en su palacio lleno de iconos y de catedrales. Devueltas al culto, en lo suce-

sivo protegen a Moscú, la “tercera Roma”, siempre rival de la primera.

La primacía del Nuevo Mundo

Si bien hay dos Europas cristianas, a partir del siglo XVI, la de Occidente fue dividida a su vez en una Iglesia del papado e iglesias de la Reforma*. Desde entonces, su número relativo de fieles permanece notablemente estable: en Europa hay alrededor de un protestante por cada dos católicos. Y las fronteras de las dos confesiones han variado poco: en Alsacia o en Cevenas, desde hace 400 años, los mismos pueblos son “papistas” o hugonotes.

Una de las pocas excepciones de esta estabilidad es Ginebra: en efecto, la ciudad de Calvino, la más “protestante” de las metrópolis, cuenta ahora con una mayoría de católicos. Esta mutación se debe a la afluencia de organismos internacionales y de sus representantes extranjeros: allí, las raíces religiosas se mezclan entre sí en un medio de funcionarios “trasplantados”.

Pero esas dos Europas emigraron al “Nuevo Mundo” a tal punto que el cristianismo es una religión cada vez menos afianzada en el “Viejo Continente”: actualmente, hay dos veces más cristianos en América que en Europa. En 1939, los tres primeros países católicos en el mundo eran Francia, Italia y Alemania. Ahora, son Brasil, México y Estados Unidos. Hasta hace poco, a Francia se le llamaba la “hija mayor de la Iglesia”, porque era el país católico más poblado. Pero ahora, por la baja natalidad, Europa ve nacer cada vez menos cristianos. Esa disminución explica en parte los discursos del papa sobre la anticoncepción.

En tiempos de los grandes descubrimientos y de las gue-



El matrimonio del príncipe Carlos y de lady Diana en 1981. El heredero del trono de Inglaterra está destinado a reinar en 17 estados del Commonwealth (entre ellos Canadá y Australia) y a convertirse en el jefe temporal de la Iglesia de Inglaterra. Ésta fue fundada en 1534 por el rey Enrique VIII, cuyo divorcio rechazó el papa Clemente VII. Los problemas conyugales del príncipe de Gales (que no tiene ni el derecho a desposar a una católica ni, en principio, a una divorciada) en lo sucesivo plantean la cuestión dinástica y teológica del porvenir de la monarquía inglesa y del estatus de la Iglesia anglicana. Foto © Sygma.

rras de Religión, ya existían las rivalidades de poblamiento y las colonias de América se evangelizaban por separado. Los católicos desembarcaron con las carabelas de Cristóbal Colón y los protestantes llegaron con los peregrinos del *Mayflower*. Quebec era católico y francés, la Nueva Escocia, británica y anglicana. En el Nuevo Mundo se aplicaban los principios del Antiguo Mundo: “a tal región, tal religión”. Lo que, en política, quería decir: “a tal Rey, tal fe”.

Hoy esas referencias se han borrado: ya no hay una América del Sur, latina y católica, contra una América del Norte, anglosajona y protestante. Por cierto, en Estados Unidos esta tendencia se mantiene, pero los episcopalistas, descendientes de los anglicanos de Nueva Inglaterra, son veinte veces menos numerosos que los católicos, a su vez reforzados por la importante migración mexicana. Y los protestantes sólo conservan su escasa preeminencia gracias a los refuerzos de los fieles de color, en especial los negros bautistas. De esta manera, la Reforma, procedente de Europa del Norte, se renueva con los “afroamericanos”.

Atacada en sus tierras norteamericanas, la Reforma emprende su revancha en Centro y Sudamérica, hasta hace poco vedadas por el catolicismo. Pasado el Río Bravo, prospera una miríada de iglesias con los nombres más diversos: adventistas, pentecosteses, salutistas, evangelistas, unitaristas, se disputan los favores de los habitantes y alinean sus minúsculos templos a lo largo de las mismas calles. En América Latina es donde la Reforma expresa mejor las ventajas y las desventajas de sus divisiones, incapaz de presentar un frente unido, siempre lista para diversificarse.

En el siglo XIX, esos protestantes latinoamericanos deseaban propagar la revolución industrial y sacudir la torpeza de las élites católicas, supuestamente adormecidas en la tranquilidad campesina de sus latifundia. Pero hoy se opo-

nen al progresismo católico de la teología de la liberación y a sus profesiones de fe anticapitalistas. Este protestantismo conservador recluta a numerosos fieles entre los medios dirigentes, incluso entre los jefes de Estado, y a veces aparece en las clases pobres como el disfraz espiritual del “imperialismo yanqui”.

Si bien las múltiples iglesias o sectas protestantes tienen casi todas la misma ideología procapitalista, la Iglesia católica, tras de su fachada de unidad, disfraza un cisma de facto entre una iglesia legitimista y aseguradora, defensora del orden establecido, y una Iglesia de los pobres partidaria de un “desorden inspirado” fundado en la liberación de los hombres y el reparto de las riquezas.

En eso permanece fiel a su ambigüedad histórica: por un lado estuvo agradecida al colonizador europeo, por el otro, fue la defensora del indio oprimido. Unas veces los curas blandieron la bandera y el fusil para conquistar la Independencia y la democracia, y otras veces asociaron el hisopo con el sable para conservar el poder y el dinero. Clericalismo y anticlericalismo son en un momento de izquierda y en otro, de derecha, mientras que Estado e Iglesia siempre mantienen relaciones difíciles entre lo que Graham Greene llamaba “el poder y la gloria”.

África y Asia entre Roma y la Reforma

En África, los misioneros siguieron a los soldados para difundir la religión de las potencias coloniales: el catolicismo de la República francesa y del Reino de los belgas o el protestantismo de la Corona británica. Hoy, ambas confesiones se encuentran en igualdad en el continente, donde la primera es netamente mayoritaria en África francófona y la segunda, en África anglófona.

El catolicismo se benefició del prestigio de la pompa romana, pero sufre la crisis del sacerdocio. El protestantismo aprovecha la flexibilidad de su organización descentralizada, pero padece la decadencia del anglicanismo relevado ahora por las misiones estadounidenses. Actualmente, Nigeria es el segundo país protestante del mundo (después de Estados Unidos), al igual que Alemania y Gran Bretaña. Por último, Sudáfrica ilustra a la vez la diversidad y las contradicciones del cristianismo africano: la Iglesia calvinista* de los afrikanners, de origen holandés, defendió el apartheid mientras que la Iglesia anglicana sostiene la igualdad de los negros; por esa razón, el arzobispo de Cabo, monseñor Desmond Tutu recibió el premio Nobel de la paz en 1984.

Si bien, gracias a la migración europea, el cristianismo (sobre todo el protestantismo) sigue siendo ampliamente mayoritario en Oceanía, representa menos del 5 por ciento de la población en Asia, donde nunca pudo rivalizar con el islam ni con las religiones del Extremo Oriente. Sin embargo, logró buenas penetraciones gracias a la fuerte tasa de natalidad en esos países y a una corriente de conversiones: Filipinas se volvió el cuarto país católico del mundo (delante de España) y los cristianos (en mayoría protestantes) representan ahora cerca de la mitad de la población sudcoreana: en el país de la Mañana tranquila, los discípulos de Jesús son desde ahora tan numerosos como los de Buda.

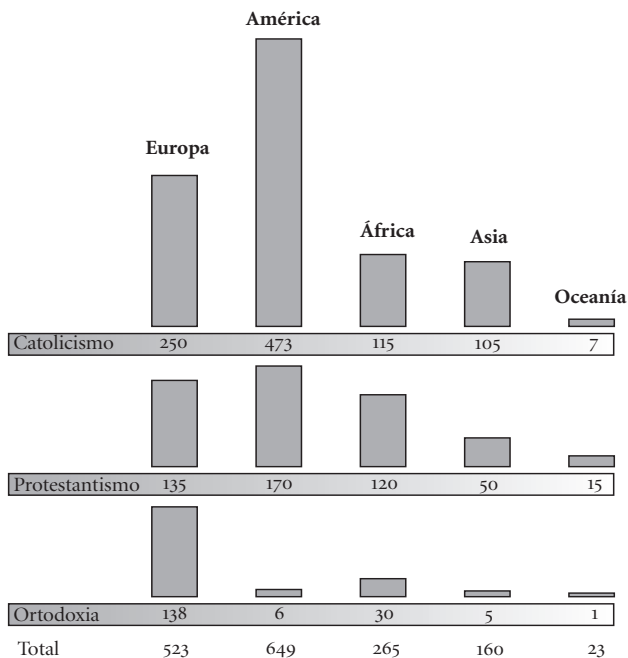
Las “Iglesias católicas”

La clasificación por continente ya no le basta a la geografía religiosa: hay que tomar en cuenta a los televangelistas estadounidenses y, de manera más general, todos los programas radiotelevisados de contenido espiritual que, transmitidos

por satélite, construyen una “Iglesia catódica” por los caminos del cielo. En lo sucesivo, uno de los grandes desafíos para las religiones tradicionales estriba en el control audiovisual de la transmisión de la fe: hoy, tal vez se lean menos Las Tablas de la Ley en la Biblia de lo que se ven las emisiones religiosas de la televisión y *Los diez mandamientos* de Cecil B. De Mille o *El decálogo* de Krzysztof Kieslowski.

El cristianismo en el mundo

(en millones de fieles)



Hace ya casi 2 000 años el futuro de la fe cristiana dependía de la barca de san Pablo, sometida a los vientos conductores y a los naufragios. Ahora, las corrientes de opinión se forman en los canales mediáticos y las “carreteras de la información”. De esta guerra de ondas surgen ideas-fuerzas con contenido religioso. Ellas recuerdan que la propaganda, en primera instancia, es la difusión de la fe, el combate misionero librado hasta las extremidades del mundo conocido según los medios de la época: el “apóstol” en la Atenas “pagana” era el almirante de la flota. Hoy, más bien sería el predicador de la misa televisada.

Los cinco primeros países católicos del mundo son, en orden decreciente, Brasil, México, Estados Unidos, Italia y Filipinas. Sólo uno es, pues, europeo. Pero el número de fieles no es el único criterio de esplendor de una religión o de un país creyente. También hay que tomar en cuenta los medios intelectuales y financieros puestos al servicio de la evangelización. Desde este punto de vista, tanto para los católicos, como para los protestantes las dos naciones más importantes son Estados Unidos y Alemania.

Es muy difícil vincular las diversas iglesias protestantes con una de las grandes ramas de la Reforma, en la medida en que las separaciones son tanto nacionales, incluso locales, como doctrinales. Así, numerosas iglesias llevan la etiqueta “evangélica” sin que ese término tenga una significación precisa. Con estas reservas, los protestantes más numerosos son luteranos, sobre todo gracias a Alemania y Escandinavia. Ahora, los calvinistas son superados por los bautistas, numerosos entre los negros estadounidenses. Los anglicanos son difíciles de caracterizar, tanto por el número (parecen ubicarse entre los luteranos y los bautistas), como por la fe, siendo muy diversas sus teologías y sus liturgias.

La ortodoxia, la confesión más fiel a la tradición de los Padres, también es la menos exportada a los “países nuevos”. Este cuadro plantea el problema de los límites del cristianismo, que están lejos de ser evidentes. Así, entre los protestantes, no se contó a los mormones cuya fe contiene numerosos elementos externos a la Revelación bíblica. En cambio, entre “los ortodoxos” y conforme a un uso sociológico más o menos justificado, se ubicó a los coptos de Egipto y la Iglesia etíope, que son monofisitas, muy “heterodoxas” en relación con los otros cristianos.

Estas mutaciones del cristianismo también son un retorno a los orígenes. San Pablo, el autor o el coautor de las Epístolas, era un judío sirio, nacido en Turquía, de lengua griega y de ciudadanía romana. En sus inicios, la Iglesia cristiana se desarrolló más en Oriente que en Occidente: en el siglo IV, el 80 por ciento de las iglesias locales se encontraban en África o en Asia, y aún en el siglo XIII, había más diócesis en India que en Francia. Y en Antioquía, cerca de la frontera sirio-turca, es donde por primera vez se les dio el nombre de “cristianos” a los miembros de una pequeña secta judía, la de los discípulos de Jesús.

En consecuencia, el cristianismo fue por mucho tiempo una religión europea procedente de ultramar. Europa, en la mitología, era madre de un rey cretense (Minos), esposa de un dios griego (Zeus), hija de un rey fenicio (Agenor) y nieta de Libia la Africana. Europa estaba, pues, a imagen de Creta, equidistante de tres continentes: era un cruce de razas y una encrucijada de pueblos. Nacido en ese entorno “europeo”, alrededor de ese mar mediador que es el Mediterráneo, pese a la referencia a un mismo dios salvador, el cristianismo sigue siendo un mestizaje religioso y una síntesis filosófica.

EL ISLAM SE GLOBALIZA

A primera vista, el islam es menos complejo que el cristianismo y esa relativa unidad conceptual aparece con frecuencia como una de las causas de su éxito: una confesión del Dios único (no hay Trinidad) y del Libro único (un Corán en lugar de dos Testamentos), una religión sin Iglesia jerárquica (al menos en el sunnismo*) ni sacerdotes mediadores, así como una teología protegida por las “disputas bizantinas” parecieron trazar un camino recto entre la Tierra y el Cielo.

Incluso se podría hablar de “simplicidad bíblica” puesto que la civilización del Corán es muy cercana a la de la Biblia y tanto en Arabia como en Palestina los hombres hablaban lenguas parecidas llamadas “semíticas”. A la vista de esas semejanzas cierto autor pudo incluso escribir que “la Biblia nació en Arabia”. De manera más fundamental, se debe señalar una impropiedad en el uso de la palabra “antisemita”. Este término, forjado dentro del furor antijudío de fines del siglo XIX, lógicamente debería designar cualquier hostilidad hacia pueblos de lengua semítica, así hablen hebreo o árabe, o sean israelíes o palestinos.

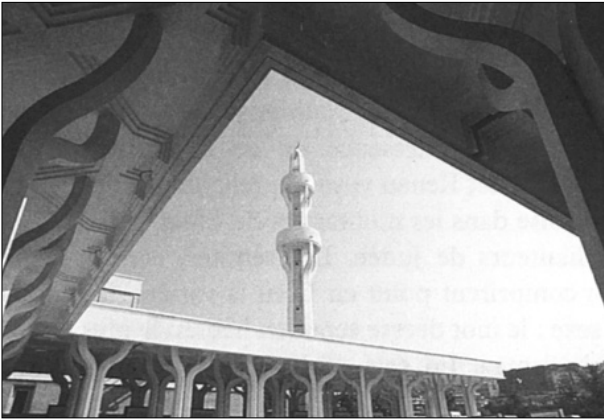
En ese medio cultural, el islam aparece como un conser-

vatorio de las tradiciones del Medio Oriente y como la quinquagesencia de ese monoteísmo en el cual Ernest Renan veía la religión del desierto, la de Moisés en las montañas del Sinaí y de Jesús en las alturas de Judea. Los semitas, escribía Renan, “no abarcaron en Dios la variedad, la pluralidad, el sexo: en hebreo, la palabra diosa sería el barbarismo más horrible”. En esto, el islam se afirma tan rebelde como el judaísmo a las divinidades femeninas griegas y romanas, así como a cualquier sacralización del cuerpo humano. Y en ese sentido, conservó un pudor que es muy anterior a Mahoma: el uso femenino del velo ya estaba impuesto por las tablas asirias del rey Teglath-Phalasar I, 1 700 años antes del Profeta.

Los ciclos de la Medialuna

Cuando en Europa del Oeste hoy se preocupan por el “avance islamita”, por un ascenso integrista o por una presencia musulmana en los barrios populares de Marsella o de Birmingham, se toma nota de ese movimiento de flujo y de reflujo iniciado hace ya trece siglos. Después de la fulminante avanzada del primer siglo de la hégira, el islam del Cercano Oriente retrocedió lentamente a partir del momento en que Charles Martel arrestó a los sarracenos en Poitiers (732) y hasta que Isabel la Católica los expulsó de España (1492). En el siglo XIX, la colonización europea llevó esa “reconquista” a África del Norte así como a la cercana Asia y, lógicamente, la descolonización y más tarde la emigración invirtieron el fenómeno y parecieron un “fracaso” para el cristianismo.

Pero los periodos cíclicos de esa Medialuna verde parecen aleatorios. En 1071, después de la victoria de los turcos sobre los bizantinos en Mantzikert, o en 1453, después de la toma de Constantinopla por parte de los turcos, los futuró-



La mezquita de Roma. *En la ciudad santa del catolicismo, la nueva mezquita da testimonio de la renovación del islam en Europa. La Roma antigua, jamás pudo extender su imperio hasta Arabia, donde el profeta Mahoma predicó protegido de las influencias de la civilización grecorromana. Hoy, la Roma moderna acoge a sus descendientes. Foto © A.G.F./Gamma.*

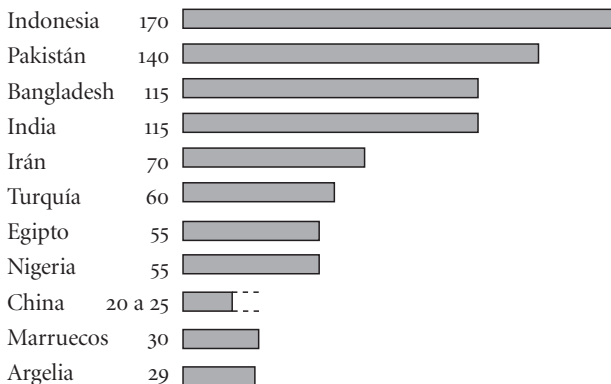
logos habrían dado como ganador al islam contra el cristianismo, mientras que, cuarenta años después de esta última fecha, éste había dejado Europa del Oeste como si, al entrar a Europa por la Puerta Sublime de los otomanos, hubiese salido por la ventana de Granada.

Desde hace más de mil años, una sutil porción político-religiosa opone a tres confesiones muchas veces ligadas a tres imperios: el islam, el catolicismo y la ortodoxia. Un país permitió coexistir a las tres obediencias: la República de los Eslavos del Sur llamada Yugoslavia. Su fragmentación marcó el retorno de los enfrentamientos entre croatas católicos, serbios ortodoxos y bosnios musulmanes.

Una ciudad simboliza ese antagonismo de los poderes y de las creencias: Estambul, que es a la vez la antigua

El islam en el mundo

(en millones de fieles)



Los sunnitas representan alrededor de un 90 por ciento de los musulmanes y los chiitas un 10 por ciento. Los cinco países que cuentan con más chiitas son Irán, India, Pakistán, Irak y Afganistán.

Una gran imprecisión caracteriza las estadísticas de China: el gobierno minimiza la cifra de musulmanes (así como de todas las minorías), pero las personas de culto musulmán o de práctica musulmana, son tanto más difíciles de estimar cuanto que su fe a menudo se mezcla con diversas creencias locales para formar un sincretismo muy delicado de identificar en el plano religioso.

La desaparición de la URSS repartió a los musulmanes de ese imperio en muchos estados independientes. Antes de su fragmentación, la URSS contaba con cerca de cincuenta millones de musulmanes.

Asia y África abrigan a un 98 por ciento de los musulmanes y Asia sola a un 65 por ciento. Actualmente, el "avance" islamita en Europa y en América sigue siendo pues moderado, y el sentimiento inverso se explica probablemente por la visibilidad de la comunidad musulmana (ayuno del ramadán, construcción de mezquitas) y por su concentración en algunas grandes ciudades. De manera progresiva el Islam se aclimata en Europa y se vuelve una referencia espiritual reconocida por los estados y las sociedades.

Constantinopla, ciudad de Constantino (el primer emperador romano cristiano), y la ex Bizancio, la capital del imperio ortodoxo. En las riberas del Bósforo, entre Europa y Asia, con sus prestigiosas iglesias, basílicas y mezquitas, Estambul da testimonio de conflictos teológicos y estratégicos entre civilizaciones. Y esa ciudad, que sirvió de escenario a tantos hechos diversos y novelas de espionaje, fue a la vez el proscenio del Occidente cultural y la terminal del Expreso Oriente.

La travesía del Indo

Sin embargo, la expansión del islam no podría reducirse sólo al continente europeo. Desde hace cerca de cinco siglos, la religión y la civilización musulmanas progresan en África, rechazando o asimilando el animismo tradicional, a su vez a menudo mezclado con el cristianismo introducido por los colonizadores. De Oeste a Este, de Guinea a Etiopía, pasando por Chad y Sudán, la avanzada del islam traza una línea verde que pocas veces coincide con las fronteras de los estados. Frecuentemente, éstos se reparten entre un Norte islámico y un Sur cristiano o animista cuyos conflictos religiosos exacerban las rivalidades económicas o las guerras tribales.

Más significativa aún es la progresión del islam en el Extremo Oriente: siguiendo las rutas del comercio y los senderos de la guerra, en este último medio siglo la religión musulmana efectuó una marcha espectacular hacia el Este. Soldados turcos convirtieron a una parte de la India y, a su vez, comerciantes indios exportaron su fe a los puertos de Sumatra y luego de Java, mientras que negociantes árabes llevaban el Corán a China por la ruta de la seda. Ahora, los cuatro primeros países musulmanes del mundo (Indonesia, Pakistán, Bangladesh, India) se sitúan al este del Indo o en

las riberas de ese río, que marca la principal frontera religiosa del mundo: en su poniente nacieron las religiones procedentes de la descendencia de los patriarcas (judaísmo, cristianismo, islam) y, en su oriente, las religiones engendradas por maestros espirituales (hinduismo, budismo, taoísmo, sintoísmo).

El paso del islam al otro lado del Indo fue el inicio de una historia contrastada de la que hoy dan testimonio los esplendores de la arquitectura mogol así como los horrores de la guerra de Cachemira. Por un lado, los refinamientos de la civilización del Diván y, por el otro, los enfrentamientos entre hindúes y musulmanes. El monumento más célebre de la India es el mausoleo islámico del Taj Mahall, pero su guerrilla más sangrienta opone a los adoradores de Alá y de Visnú, ya que la cuestión religiosa sigue siendo un problema capital de la política interior india así como de las relaciones entre India y Pakistán.

Pero el encuentro entre el islam y el hinduismo también tuvo efectos más espirituales. Sobre todo en el siglo xv suscitó la fundación de una religión, la de los sikhs, sincrética y original. El sikhismo, nacido en Pendjab, en la cuenca del Indo, representa tanto un esfuerzo de síntesis como un signo de discordia. Por un lado, su lugar santo del Templo de oro de Amritsar está atravesado por cuatro puertas que simbolizan la acogida de todas las castas hindúes y de todas las religiones del mundo. Por otro lado, la historia de los sikhs está marcada por numerosos episodios guerreros, y la evacuación de ese mismo Templo de oro por parte del ejército indio fue la causa, en 1984, del asesinato de la primer ministro india Indira Gandhi, en manos de sus guardaespaldas sikhs.

Más al este de Asia, el primer país musulmán del mundo, Indonesia, experimenta —como la vecina Malasia— una difícil coexistencia entre el islam (mayoritario), el hinduis-

mo, el cristianismo, el budismo y diversos cultos sincréticos. En principio, la constitución impone una fe monoteísta (incluyendo al budismo), pero tolera las otras creencias. En ese paisaje religioso abigarrado, Indonesia simbolizaba hasta hace poco a un islam abierto, ignorando muchas veces las prohibiciones del puerco y del alcohol y prefiriendo las costumbres locales de la charia*. Pero los progresos del integrista son reales y, tomando en cuenta la importancia numérica de los musulmanes indonesios, el futuro planetario de la ola islamita se juega sin duda alguna tanto en Yakarta como en el Cairo o en Argelia.

El imperio fragmentado

Indonesia fue también el escenario de la rivalidad más sangrienta entre el islam y el marxismo: en 1965, medio millón de comunistas encontraron la muerte durante una contrarrevolución sostenida ampliamente por los partidos musulmanes. En China, la cohabitación entre Alá y Mao tampoco fue fácil y, a menudo, la práctica religiosa fue reducida a la clandestinidad a tal punto que aún se ignora el número de musulmanes en ese país: las cifras van de 18 a 30 millones.

En la antigua URSS, el partido comunista y los responsables islámicos colaboraron mucho más y esta relativa armonía ofreció a los cincuenta millones de musulmanes soviéticos la posibilidad de una expresión más visible de su fe. En lo sucesivo, en ese “imperio fragmentado”, la referencia al Corán puede constituir un nuevo polo de reagrupamiento en el cual las antiguas repúblicas musulmanas se sumarían a estados vecinos, como Pakistán, para formar un gran mercado común de Asia Central cuyos contornos geográficos recordarían al Imperio Mongol de Gengis Khan.

Hoy, para una buena parte del islam, el adversario es más el imperialismo estadounidense que el marxismo soviético. No hace mucho los mujaidines de Afganistán combatían al “Gran Satanás” ateo con ayuda de la CIA. Actualmente, los responsables estadounidenses temen a los islamitas cuya influencia crece en suelo americano. Porque los musulmanes también progresan en el Nuevo Mundo, gracias a la migración y a las conversiones de negros estadounidenses. En efecto, muchos utilizan esa fuerza espiritual para abandonar la gran miseria, la de los “afroamericanos” de Nueva York, de Chicago o de los Ángeles quienes, decepcionados de la vida en los guetos se vuelven hacia la Meca, para ahí encontrar nuevas fuentes de esperanza.

Los matices del verde

Por su globalización, el islam exporta a la vez sus instituciones propias y sus conflictos internos.

Por un lado, varias exigencias coránicas fundan el derecho de numerosos países. Así, la ley islámica (charia) ya está en vigor en Mauritania, Libia, Sudán, Arabia, Irán, Afganistán y Pakistán, pero también penetra el África musulmana de manera progresiva. De igual modo, los bancos islámicos (donde el dinero se remunera mediante una comisión fija y no una tasa de interés) ahora están presentes en casi todos los países donde vive alguna comunidad musulmana. Por último, la solidaridad musulmana por medio de organismos que recolectan limosnas (zakat) se ejerce en los cinco continentes donde, además, se construyen numerosas mezquitas gracias a subvenciones de Arabia Saudita o de los Emiratos Árabes. Y la repartición de esos diferentes “manás” se convierte en una postura de poder.

Por otro lado, los musulmanes expanden a la vez su religión y sus divisiones, cubriendo con infinitos matices los flujos de la ola verde. El cisma principal, el del chiismo*, vinculado con la legitimidad de los sucesores de Mahoma, primero fue relegado a los confines de Irak y de Irán, a lo largo de la tan codiciada cuenca del Tigris y el Éufrates, y cerca de una frontera muy disputada entre árabes y persas.

Actualmente, los chiitas son mayoritarios en Irán, en Irak, en Azerbadjan y en el emirato de Bahrein, mientras que representan una cuarta parte de los musulmanes indios y una sexta de los de Pakistán. Por otro lado, cerca de dos tercios de los chiitas en el mundo no son iraníes, aunque en Occidente su confesión se confunde muy frecuentemente con la patria de los ayatolas.

En el seno del chiismo, los ismaelitas nizarites* merecen una mención particular. Esos fieles del Aga Khan constituyen, en el mundo, una verdadera diáspora ismaelita. Su cuna se sitúa al norte de Pakistán, protegida por la barrera del Himalaya. Pero sus 15 millones de miembros, llevados por las necesidades económicas, se dispersaron en el mundo entero. A ejemplo de su maestro, los discípulos del Aga Khan tienen además mucho éxito en los negocios, poseen y controlan numerosas sociedades en Europa o en América.

Sin embargo, ese islam cosmopolita siempre encuentra su identidad en los lugares santos de Arabia y en el peregrinaje a la Meca. Así es como, de un lado al otro del mundo, cualquier fiel del islam, sea cual fuere su país, tiene su fe arraigada en Arabia.

LAS RELIGIONES DEL EXTREMO ORIENTE SEDUCEN

Al este del Indo aparecieron religiones muy diferentes del judaísmo, el cristianismo o el islam. Moisés, Jesús y Mahoma hablaron las lenguas de una misma familia (semitica), vivieron en el mismo conjunto cultural y cultivable de la fértil Medialuna y profesaron un estricto monoteísmo en reacción al politeísmo del entorno (egipcio, cananeo o grecorromano). Ahora bien, ninguna de estas características se encuentra en el contexto de los fundadores de religiones del Extremo Oriente, ni de sus discípulos de nuestros días.

En lo que respecta a los idiomas, el Extremo Oriente es una verdadera... torre de Babel, si pensamos en la diversidad de lenguas y de escrituras sino-tibetanas, polinésicas, dravidianas (al sur del subcontinente indio) e indoeuropeas (al norte de éste). Entre esas últimas, el sánscrito, lengua sagrada del hinduismo y lengua primitiva del budismo, sólo empezó a estudiarse minuciosamente en Europa a fines del siglo XVIII: en consecuencia, durante cerca de dos milenios, cristianismo y budismo casi no pudieron dialogar.

Las diferencias culturales y cultivables no son menores. Así, al menos cabe recordar que las religiones del Cercano Oriente nacieron en la civilización del trigo y de la viña: por

ello el cristianismo hizo del pan y del vino los símbolos del cuerpo y de la sangre de Cristo e incluso, en el caso del catolicismo, el signo de su presencia real. En cuanto a las religiones del Extremo Oriente, por el contrario, éstas nacieron dentro de una civilización del té y del arroz. Y cuando, a fines del siglo XVI, los misioneros jesuitas en China quisieron celebrar la eucaristía con los productos del país (y en las lenguas locales), una “disputa de los ricos”, desencadenada por sus adversarios dominicos, puso fin a las innovaciones de los discípulos de san Ignacio de Loyola y... a las conversiones de los chinos.

Las mismas incomprendiones se manifestaron a propósito de la cultura del Indo cuando los misioneros obligaron a los hindúes recién convertidos a comer carne de res y a calzar zapatos de cuero. Algunos jesuitas menos rígidos se conformaron con los usos locales, respetaron las fiestas tradicionales, incluso adoptaron el régimen de las castas, volviéndose brahmanes entre los brahmanes o parias entre los parias. Pero unos miembros de la Inquisición denunciaron esos usos, algunos de los cuales eran, además, socialmente discutibles, y los audaces misioneros se volvieron a subir con mucha rapidez al barco.

En total, la reserva de los países cristianos con respecto a las religiones del Extremo Oriente permanecía sin cambios. En 1960, Daniel Rops, autor de una monumental *Historia de la Iglesia de Cristo*, aún podía denunciar al budismo chino “agnóstico y además bastante envilecido” y al taoísmo, “amalgama de supersticiones politeístas”. Recientemente, el papa Juan Pablo II veía en el budismo, “una iluminación puramente negativa”.

Sobre los vestigios del comunismo

Sin embargo, las espiritualidades del Extremo Oriente desde ahora impregnan a los occidentales. Por millones, se inician en el yoga, esa “unión” del cuerpo y del alma que los místicos hindúes consideraron tan íntima como el yugo de una yunta. Otros prefieren el zen, esa “concentración” del aliento y esa superación del pensamiento inspiradas por budistas chinos y japoneses. Otros más se dedican a las innumerables artes marciales sino-japonesas que, del karate al yudo y del aikido al jiu-jitsu, todas, comportan referencias espirituales: el kung-fu, que ha inspirado tantas películas, ¿no fue inventado en el monasterio chino de Shaolin? Y en algunos conventos católicos, las religiosas rezan su rosario y hacen zazen* con las mismas ganas como si, de hoy en adelante, las religiones de los antípodas pudieran conjugarse.

De hecho, muchas prácticas aparentemente profanas son inseparables de las filosofías del Extremo Oriente. Al importar la acupuntura, la macrobiótica y la medicina por medio de las plantas chinas, Occidente adopta un conjunto de “energías celestes”, de “alientos divinos” y de armonías naturales como el yin y el yang del tao, esa alternancia de femenino y masculino que equilibra a cualquier organismo. De igual manera, la boga de los horóscopos chinos nos remite a la significación de las artes adivinatorias, tan desarrolladas en toda Asia del Este e inseparables de la angustia de una vida futura. Este recurso a lo irracional parece sorprendente en un país laico como Francia, donde el código penal condena a “la gente que practica el oficio de adivinar y pronosticar o de explicar los sueños”.

Este entusiasmo no se debe solamente a los fenómenos de migración o de conversión: en ningún país de América del Norte o de Europa occidental, los fieles de las religiones

del Extremo Oriente representan más del 1 por ciento de la población. De acuerdo con las estadísticas, esas religiones han quedado confinadas a su región de origen. Claro está que, contrariamente al islam y al cristianismo, casi no fomentan el proselitismo y nunca impusieron su fe por medio de las armas.

Entonces, ¿por qué el dalái-lama es recibido en los países occidentales con las atenciones de un jefe de Estado? ¿Por qué los políticos europeos y estadounidenses quienes, hasta hace poco, se exhibían en la misa con voluminosos misales, multiplican las visitas a los monasterios búdicos y a los templos confucianos? ¿Por qué muchos miembros de la familia real inglesa se apasionan con las religiones del Extremo Oriente, tanto como lo hicieron sus predecesores del Siglo de las Luces con la francmasonería?

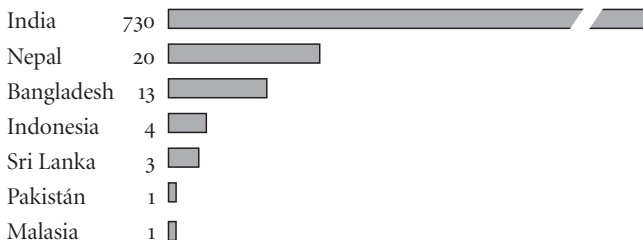
La primera respuesta es política. El budismo y el taoísmo, más que ninguna otra religión en el mundo, con excepción de la ortodoxia, padecieron más el marxismo que dominaba en China e Indochina. La renovación de esas religiones, con su aporte en fieles y novicios, la reapertura de pagodas y de monasterios como lugares de culto es, pues, el símbolo de la decadencia asiática del ateísmo o del colectivismo, doctrinas que también retroceden en Occidente, sobre todo en los medios dirigentes e intelectuales. ¿Acaso no fue un cineasta comunista, Bernardo Bertolucci, quien no hace mucho produjo la película *Little Buda*?

En los furgones del libre mercado

La segunda respuesta es económica. En esta época de desplazamiento de las actividades y de las creencias, los ganadores de la competencia comercial imponen sus modos de

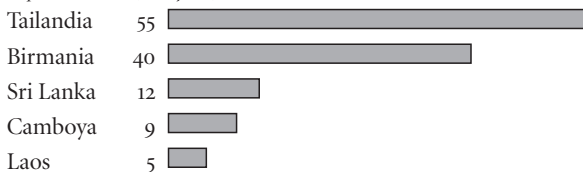
Principales religiones del Extremo Oriente (en millones de fieles)

Países que cuentan con el mayor número de hinduistas

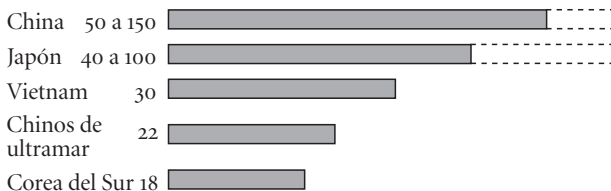


Países que cuentan con el mayor número de budistas

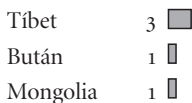
Pequeño Vehículo (Hinayana)



Gran Vehículo (Mahayana)



Tantrismo o Vehículo del Diamante (Vajrayana)*



pensar y sus fuentes de fe, percibidos como tantas recetas de éxito. En 1904, Max Weber estudiaba las correspondencias entre *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Durante los gloriosos treinta, la expansión económica fue particularmente rápida en países católicos como Francia, Italia y España. Luego vino el tiempo del “milagro japonés” asociado con las espiritualidades del archipiélago nipón. Ahora, la crisis asiática provoca nuevas interrogaciones en cuanto a las relaciones entre economía y teología: ninguna religión posee el secreto del crecimiento ni el monopolio de la miseria.

La religión de los vencedores parece ser entonces función de la época: en tiempos de los GI y de la goma de mascar, el público occidental escuchaba los sermones de Billy Graham; en el tiempo de la hi-fi y del Nintendo, prefiere el sumo, cuyos gordos ídolos lanzan un puñado de sal para espantar

El hinduismo sigue siendo ante todo la religión del subcontinente indio y esa superposición de un culto a una cultura provoca ahí conflictos religiosos particularmente temibles: así, en Sri-Lanka, 12 millones de budistas se oponen con frecuencia a tres millones de hinduistas.

A pesar de la popularidad mundial del dalái-lama, el budismo tibetano o tantrismo agrupa apenas a un 2 por ciento de los budistas del mundo entero.

Aunque suscitan un gran interés en Occidente, las religiones del Extremo Oriente se practican en un 99 por ciento en poblaciones de Asia del Este.

Por otro lado, todas las religiones del Extremo Oriente recibieron influencias del budismo que posee raíces comunes con el hinduismo.

En Japón (donde es difícil separarlo del sintoísmo) como en China (donde a menudo tiene influencias del taoísmo y del confucianismo), no es fácil cuantificar el budismo. En última instancia, considerando a todos los chinos no musulmanes y a los no cristianos como muy influidos por el budismo, se podría hacer de ésta la primera religión del mundo por su proyección cuantitativa.

A estas religiones principales que, distintas o mezcladas, reúnen a sus fieles por cientos de millones, es posible añadir numerosas confesiones de menor importancia numérica. Citemos al menos a los 18 millones de sikhs (religión intermedia entre el islam y el hinduismo) y a los tres millones de jainos (cercaos al hinduismo).

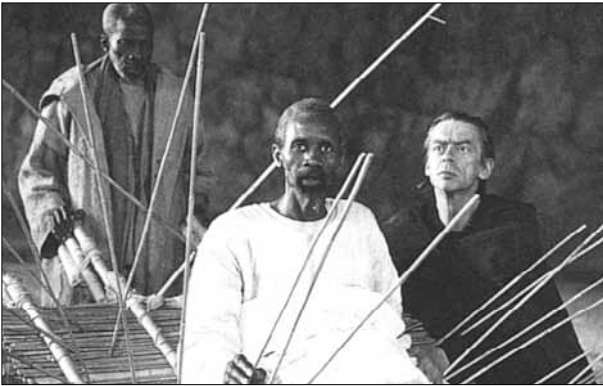
a los malos espíritus. Cualquier actividad, profana en apariencia, tiene su trasfondo religioso: así cada modelo de jardín japonés posee su propia mística, aun cuando, al comprar su bonsái en el supermercado, pocos occidentales saben que, en el budismo zen, ese árbol enano es el camino más corto de la Tierra al Cielo.

La tercera respuesta es a la vez tecnológica y democrática: toma en cuenta los progresos de los transportes y la reducción de sus costos. El primer motivo se aplicaría muy bien al Crucero amarillo de Citroën, en el cual participaba el padre Teilhard de Chardin. El segundo más bien tendría que ver con el viaje a Katmandú de los viajeros en *autostop*. En ambos casos se descubren nuevos horizontes, regiones inaccesibles, espiritualidades poco conocidas y civilizaciones tradicionales, hasta hace poco confundidas en un mismo desdén hacia las supersticiones de los indígenas.

Y ahora, los *charters* multiplican esas oportunidades de conocer otro Cielo de dos aletazos. Tomar la ruta París-Tokio vía Calcuta es sobrevolar sucesivamente el monte Olimpo de Zeus, el monte Ararat del Diluvio y de Noé, el Chomolungma (Everest), montaña de la diosa madre de los tibetanos, y terminar en el Fuji-San (Fujiyama), volcán de la diosa japonesa del fuego.

De manera que cada uno prolonga a su manera el periplo de Alejandro Magno (v. 330 a.C.) quien, al hacer campaña hasta en el Indo, tendió el primer puente entre Oriente y Occidente. De esa expedición nacieron reinos indo-griegos y un arte greco-búdico: el primer rostro de Buda fue el de los efebos atenienses.

Hoy se perfila un nuevo encuentro entre India y Grecia del cual Occidente podría esperar un choque espiritual por la suma de las herencias: a la razón y la lógica helénicas, testimonios de progreso, deberían agregarse la piedad y la se-



El Mahabarata. *En 1985, esta puesta en escena de Peter Brook del Mahabarata para el Festival de Avignon familiariza al público occidental con la gran epopeya india, con una antigüedad de tres mil años, que cuenta los conflictos entre clanes indo-europeos rivales llegados para invadir India y enfrentar a la población local dravídica. Foto © B. Enguerand.*

renidad indias, fuentes de apaciguamiento. Las sabidurías chinas y el arte de vivir japonés completarían ese giro del mundo de las virtudes esenciales.

El viaje también se hace en sentido inverso. ¿Se alaban los valores culturales y culturales de la civilización de la viña? Sociedades japonesas compran vinos finos de Burdeos. ¿Se habla de un retorno de lo religioso? En Francia, los turistas asiáticos se apiñan en Nuestra Señora de París y en el Sagrado Corazón de Montmartre. Incluso se casan en el castillo de Ussé, supuesta morada de la Bella Durmiente y se hacen bendecir en su capilla a orillas del Loira, entre estatuas de la Virgen y una tapicería de Juana de Arco. Éste es, sin duda, el trastorno de los espíritus que nace del progreso de las comunicaciones: un “transporte” del alma que hace de ese giro completo del planeta una verdadera revolución.

RESURGE EL ANIMISMO

Todas las grandes religiones del mundo tienen un pedestal animista. Adaptan a su teología esa vieja creencia en la presencia de almas en todas las fuerzas de la naturaleza. Entonces, poderes del cielo, de la tierra y de las aguas, reino animal y reino vegetal se veneran con una Palabra y una Escritura que reubican a esos elementos sagrados en el seno de una Creación divina (religiones que provienen de Abraham) o de un orden cósmico (religiones del Extremo Oriente).

Así, las piedras eran objeto de un culto o al menos desempeñaban un papel mayor en el culto de las civilizaciones denominadas megalíticas: ¿podemos imaginar las religiones de los celtas sin dólmenes ni menhires? Pero diversas funciones de esos soportes minerales fueron retomadas por las grandes religiones “reveladas”.

Por ejemplo, el culto de las piedras levantadas, que expresaba el impulso de la Tierra hacia el Cielo y el vigor de una potencia masculina, se actualiza por medio de la erección de los monumentos religiosos: alminares y campanarios, domos y bulbos rivalizan por la audacia de sus formas y de su altura. Durante siglos se desarrolló una especie de concurso

de la flecha más alta de catedral, que ganó en 1890 la de Ulm (161 metros). También el mundo musulmán obtuvo el récord del alminar más alto, que actualmente posee la nueva mezquita Hassan II de Casablanca (175 metros).

Las piedras expresan la solidez de las creencias, esa roca de fe, ese bloque de doctrina que no se puede mermar. Las prácticas principales del peregrinaje de La Meca son líticas: lapidación del diablo con piedritas, veneración de la piedra negra otorgada a Abraham por el arcángel Gabriel. El budismo es inconcebible sin los stupas, monumentos funerarios que contienen las reliquias de un buda o de un santo. Del altar de sacrificios a la sepultura de las necrópolis, es muy difícil ahorrar piedras, ya que los que profesan una religión quieren dar testimonio de una memoria inalterable.

El mejor ejemplo mundial del papel religioso de la piedra tal vez lo dé la simetría geográfica y teológica de Petra y de Petrus: Petra, la extraordinaria ciudad de piedra, calzada de tumbas cavadas en el siglo I de nuestra era en la orilla izquierda del Jordán, mientras que, en la orilla derecha, se apresuraba Petrus, el san Pedro de los Evangelios. Por un lado, piedras que velan a los muertos, por el otro, un Pedro que anima a los vivos porque Jesús le dijo: “Tú eres Pedro y sobre esta roca edificaré mi Iglesia” (Mateo, 16, 18). Los soberanos pontífices son los sucesores de ese hombre de Galilea y la fe católica estimó que el papa es infalible al igual que la piedra es irrompible.

La laicización de las sociedades no impidió, muy por el contrario, el culto de las viejas piedras, la religión de los monumentos que en una ciudad o en una región conservan su sello de autenticidad, caduco en la forma pero necesario para el espíritu. Desde que los primeros románticos soñaron sobre las ruinas de Atenas o las piedras del Coliseo, el mundo se entusiasmó con las piedras del pasado. Las multitudes

que se apiñan en los sitios legendarios, las filas que se forman frente a los lugares cargados de historia atestiguan un poder espiritual de la materia de la que fue teórico Teilhard de Chardin y poeta Lamartine, cuando habla de su país natal: “Objetos inanimados, ¿tienen un alma/Que se une a nuestra alma y la fuerza a amar?...”

Las jerarquías celestes

También las fuerzas cósmicas fueron ampliamente domesticadas por las grandes religiones. Para la liturgia católica, Jesús es el “Sol naciente sobre aquellos que yacen de noche” y la Virgen María, la “Estrella del mar, afortunada puerta del cielo”. Así, todas las potencias celestes o infernales, pobladas de ángeles o demonios son objeto de una reapropiación por parte de las religiones que provienen de Abraham: el islam nunca renegó de los viejos genios paganos, djinns invisibles, maléficos o benévolos, que pueblan el aire, mientras que el cristianismo gratificó a cada fiel con un ángel guardián y lo previno contra el ángel malo, portador de falsa luz, Lucifer.

Además, en la Iglesia católica, poderes del Cielo y de la Tierra están estrechamente asociados por medio de la noción de “jerarquía”, es decir de “poder sagrado”. En primer lugar, esa jerarquía es la subordinación de los ángeles repartidos en tres órdenes y nueve coros: ángeles, arcángeles y principados; poderes, virtudes y dominaciones; tronos, querubines y serafines. Luego, la propia Iglesia se divide en lo que Bossuet llama “la santa subordinación de los poderes eclesiásticos, imagen de las jerarquías celestes”: comprende los órdenes de hostiario, lector, acólito, exorcista, subdiácono, diácono, sacerdote, obispo, papa. Nueve grados para mandar en la Tierra como en el Cielo e inventar esa palabra jerar-

quía que funda cualquier poder cuyas órbitas atraen y cuyos rayos amenazan. Aquí pensamos en la religión china, que consideraba al emperador el “Hijo del Cielo” y que le hacía el “sacrificio de las Afueras.”

Ciertamente, la laicización de las sociedades modernas y los progresos de la astrofísica implicaron una domesticación de las fuerzas celestes. Sin embargo, la conquista espacial no ha estado menos marcada por cierta mística, particularmente en la Unión Soviética donde los cosmonautas fueron considerados semidioses, mientras que en Estados Unidos el presidente Reagan daba a la “guerra de las galaxias” el aspecto de un combate apocalíptico contra el “Imperio del mal” del comunismo ateo. En cuanto a nuestra vida cultural, ésta se desgrana al ritmo de las estrellas de la farándula que no son sino meteoros, a menos que los favores del público les concedan el culto debido a las *stars*.

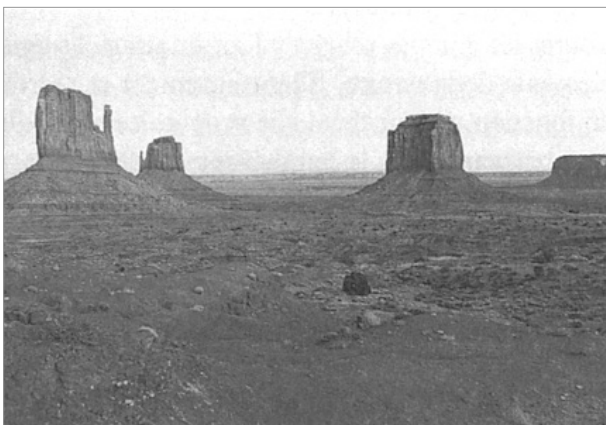
La ecología terrestre

Todas las grandes religiones hacen un uso litúrgico de los elementos de la naturaleza. Reinventan y reordenan, en función de su teología propia, las bases de un universo que se sumerge en el panteísmo, mientras la religión popular obtiene mucho de ese animismo primitivo.

El cristianismo tiene el agua del bautizo y el hinduismo a Varuna, el dios de las aguas. Pero sobre todo existe el agua de la gruta para los peregrinos de Lourdes y el agua del río para los de Benarés. El cristianismo tiene el fuego del cirio pascual y las pintorescas procesiones con antorchas. El hinduismo tiene al dios del fuego, Agni, y las espectaculares caminatas sobre las brasas. Pero las religiones lo debilitan y las sociedades llamadas científicas saben transformar el fuego

sagrado en espectáculos pirotécnicos que alegran cada fiesta con una iluminación del cielo.

Las mismas observaciones valen para las especies vivas, en especial para el reino animal, que posee un “alma” en el sentido de aliento vital. Si los animales sagrados parecen haber desaparecido de las creencias de las grandes religiones, con la notable excepción de las vacas sagradas del hinduismo, el simbolismo animal ocupa un lugar importante en los textos fundadores: el Apocalipsis de san Juan da incluso una visión zoológica del dios de los cristianos, presentado como el Vivo (Zoon) entre los seres vivos. Pero la práctica religiosa lo rechaza y no por ello se condena a los animales sa-




Monument Valley, Arizona. Esta célebre vista, reproducida en innumerables paquetes de cigarrillos y que sirve de escenografía a los westerns más famosos, representa un sitio cultural y cultural capital de los indios navajos. Allí, los “curanderos” (brujos) practicaban ritos de purificación y de curación. Estas prácticas chamánicas tuvieron mucha influencia en la generación hippie y se perpetúan en la medicina natural y la ecología radical en boga en las sociedades occidentales. Foto ©A. Thomas/Explorer.

grados: cuando la Unión Europea gasta un millón de ecus al año en dos hipotéticos osos de los Pirineos, con o sin razón, piensa que una pareja de plantígrados bien vale cien salarios de seres humanos.

En efecto, el ecologismo es la versión moderna del animismo. En un mundo en el que la naturaleza se ha vuelto (nuevamente) amenazante y amenazada a la vez, una ideología viene a sustituir a las antiguas teologías para promover el respeto de los espacios y de las especies.

Por un lado, una mala administración de la naturaleza desencadena catástrofes ecológicas, como las inundaciones o los fuegos en el campo, en países con religiones muy dife-

Los animistas (en millones de personas)

África negra	100	
Asia	70	
Centro y Sudamérica	50	

El animismo es cada vez más difícil de cuantificar. Por un lado, el animismo “puro” está en rápida decadencia, ya que su carácter local, en un universo de comunicación, no soporta bien la competencia de las grandes religiones que tienen aspiraciones universales como el cristianismo o el islam. Por otro lado, todos aquellos que le atribuyen un gran respeto a la naturaleza y aprecian los “santuarios” de vida salvaje son un poco animistas.

*En ese sentido, los ecologistas fundamentalistas (deep ecology) de América del Norte o de Europa sin duda merecerían estar clasificados entre los animistas que (a veces) se ignoran. Pese al exterminio de las tribus indias, tal vez América nunca contó con tantos “animistas” en su historia. La fascinación que han ejercido películas como *Le grand bleu* o *L’ours* [El oso] también puede parecerse a una forma moderna de culto animista.*

Muchas religiones integraron tal o cual elemento del animismo, pero la ideología que se opone a él más radicalmente es, sin duda, el marxismo, que pretende un dominio del hombre sobre la naturaleza. Esa voluntad de dominación más que de domesticación de las fuerzas naturales también explica por qué los estados de inspiración marxista muchas veces sufrieron catástrofes ecológicas.

rentes: la tala alcanza tanto la selva amazónica en el Brasil católico, como la selva del Himalaya en el Pakistán musulmán o el Nepal budista e hinduista. A esa negligencia universal hay que oponer pues una conciencia ecológica planetaria.

Por otro lado, protectores de la naturaleza, de todas las opiniones, prosiguen un esfuerzo universal para mejorar el medio ambiente. Al respecto, es significativo que ciertas reservas naturales se llamen “santuarios”: si bien la marmota y la gamuza no están oficialmente divinizadas, no dejan de estar tan protegidas como los cocodrilos sagrados del Nilo en la antigua religión egipcia.

¿Será que la flora y la fauna salvajes se han vuelto tan necesarias para el equilibrio, incluso para la sobrevivencia de la humanidad, como en la época en la que cada tribu animista tenía un animal o una planta por tótem? Y justamente en las antiguas tierras indias del Oeste americano, en el Yellowstone, nació el gran movimiento mundial de los parques nacionales, en 1872. El hombre blanco predador tuvo que imitar a los indígenas animistas que veneraban al Secuoya gigante, señor del viento y del rayo.

La economía contaminada

Porque, desde que deja las civilizaciones “primitivas” para entrar en el camino del desarrollo, el hombre religioso es testigo de la tensión entre economía y ecología. Para atenerse a la tradición bíblica, el hombre responde a la orden dominadora del Dios del Génesis: “Fructificad y multiplicaos, y llenad las aguas en los mares y multiplíquense las aves en la tierra. [...] y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra y en todo animal que se arrastra sobre la tierra” (Génesis 1, 22, 26). También en-

tona la acción de gracia naturalista del cántico de Daniel en la hoguera: “Heladas y nieves, montes y collados, mares y ríos, plantas todas que nacéis en la tierra, aves todas del cielo [...] bendecid al Señor.”

Como san Francisco de Asís, cada creyente celebra a “nuestras hermanas la Luna y las estrellas, nuestro hermano el Sol, nuestra madre la Tierra” deseando que la protección de la naturaleza no impida la producción de riquezas. En caso de dilema, los destructores del medio ambiente pueden escuchar la advertencia de Seattle, jefe de una tribu india, al Gran Jefe de Washington (el presidente de Estados Unidos Franklin Pierce) en 1854: “Dios estima mucho a esta tierra y quien la dañe provocará la furia del Creador. Tal vez, los Caras Pálidas se extingan antes que las otras tribus. Está bien, sigan infectando sus lechos y cualquier día despertarán ahogándose entre sus propios desperdicios.” Aquí, la contaminación recupera su viejo sentido (en lenguaje eclesiástico) de suciedad moral y de profanación religiosa.

Esa tensión, esa contradicción entre respeto a la naturaleza y crecimiento económico explica por qué el animismo tradicional se practica sobre todo en estados pobres del África negra o de Oceanía: “la religión de los primitivos” se mantiene en los “países menos avanzados” (PMA). En países en vías de desarrollo, a menudo el animismo se mezcla con otras religiones, en especial con el cristianismo. Así sucede, en América Latina, con el culto del vudú, mezcla de animismo y de ritos católicos. Pero cada vez que una civilización moderna se encuentra “en peligro de progreso” y teme “perder su alma”, vuelve a encontrar, por distintos recovecos, los caminos del animismo.

Las migraciones de los hombres y el progreso de las comunicaciones desplazan las creencias y mezclan a los fieles.

Pero las necesidades espirituales siguen siendo las mismas, ya sea que conciernan al sentido de la vida, la transmisión de los valores o los vínculos entre los hombres.

Las funciones de la fe



La Madona de Petrogrado de Kouzma Petrov-Vodkin (1878-1939). También llamado *El año 1918 en Petrogrado*, este cuadro, realizado en 1920 por uno de los maestros del realismo soviético, representa a la madre protectora en una ciudad (la futura Leningrado) presa de la guerra. El pintor comunista se inspiró en *Virgenes con niños* (sobre todo en Leonardo da Vinci) expuestas en el museo del Ermitage, en la ex capital de los zares. Otra tela del mismo pintor representa a la madre nodriza en un país con hambruna. De manera más general, los pintores rusos oficiales celebrarán un culto a la maternidad tanto cristiano como marxista. Foto © Giraudon.

Los griegos de la Antigüedad, los más religiosos de los hombres según san Pablo, tranquilizaban su conciencia con “teorías”. Primero, éstas fueron procesiones, filas de embajadores sagrados que, en Delfos, Corinto u Olimpia, iban a rendir culto a los dioses. Por medio de esta actitud colectiva, los hombres se ponían en regla con sus principios, daban gracias por las alegrías de la vida y buscaban ayuda para los golpes del destino.

Luego, esa teoría se convirtió en una especulación del espíritu, un juego abstracto que sacaba lecciones de esa larga marcha corporal e intelectual, asociando el cerebro de los investigadores con los zapatos de los peregrinos. Hay que desplazarse, descentrarse, dejar las costumbres y el entorno para encontrar una respuesta a las preguntas de la existencia, un oráculo para los dramas de la época.

La nuestra es rica en esos viajes interiores que deben exorcizar los miedos modernos y fortalecer los valores desfallecientes. La mayoría de los métodos actuales de meditación, de concentración, de relajación, a menudo procedentes del Extremo Oriente tienen el objetivo de restaurar las disciplinas y reafirmar las certezas, fuentes de apaciguamiento. Los

principales teóricos occidentales, Nietzsche, Marx o Freud, eran los maestros de la sospecha. Los místicos orientales pretenden ser los gurús de la evidencia.

Aún debemos delimitar de manera más precisa las exigencias de la modernidad en materia de búsqueda espiritual. En una época “desconcertada” por el progreso de las comunicaciones y la obsolescencia de los puntos de referencia, desorientada por el abandono de las tradiciones o la magia del año 2000, la prioridad ha vuelto a la búsqueda de sentidos.

Pero en las lenguas latinas y germánicas, la palabra “sentido” tiene un... doble sentido. Indica a la vez una dirección y una sensación. Por un lado habría que obtener un buen sentido compartido, ese sentido común que manifiesta un acuerdo en cuanto a los conceptos y ese consenso que permite la unidad en la acción. Por otro lado, vivir exige un placer mínimo, un nivel de goce más allá del cual, sobre el desierto de los sentidos, planea la sombra de la muerte.

Todas las grandes religiones del mundo, así como sus sucedáneos sectarios, se esfuerzan por proporcionar a los males actuales remedios a la vez útiles y agradables, a veces simplistas, cuando son evidentes, siempre seductores, cuando halagan los sentidos. A los imanes les gusta recordar la inimitable belleza del texto coránico así como a los sacerdotes el valor poético del canon de la misa: para traducirlo del latín a las diversas lenguas, el Vaticano recurrió a grandes escritores de todos los países.

Una verdad demasiado ardua, esa “lección más difícil” apreciada por los exegetas, engendrará incredulidad pese a su exactitud. El catecismo de Lutero no desencadenó el entusiasmo de las multitudes, pero creyentes y no creyentes del mundo entero se deleitan escuchando a Juan Sebastián Bach y sus coros del dogma* en música.

Hoy, esas teorías del sentido retoman las misiones tradi-

cionales de las religiones que podemos reagrupar en tres ejes principales: perpetuar la vida, conservar la memoria, santificar las alianzas.

En primer lugar, los progresos de la ciencia modifican los procesos inmemoriales del envejecimiento y del alumbramiento, suscitando así numerosos problemas bioéticos y teológicos: ¿cómo decir que el niño es un regalo de Dios cuando un médico italiano le permite a una mujer de 63 años ser madre?

Por otra parte, la decadencia de la cultura clásica aparece como un desafío para el aprendizaje de la fe: cuando uno de cada mil indios comprende el sánscrito (lengua sagrada del hinduismo), cuando uno de cada diez bachilleres franceses lleva el curso de latín (lengua de la Iglesia católica) y uno de cada cien el de griego antiguo (lengua del Nuevo Testamento), los responsables religiosos se ven obligados a enunciar verdades antiguas con nuevos lenguajes.

Por último, las mutaciones de las posturas y de los conflictos transportan los enfrentamientos religiosos a terrenos inesperados. Cuando, después de la copa del mundo de fútbol de 1994, los seis “atletas de Cristo” del equipo brasileño afirmaron la superioridad de Jesús sobre Buda, porque uno de sus infortunados adversarios italianos era budista, parecen haber confundido nirvana con tiro al arco. Y sin embargo, el deporte parece medir la fuerza de un pueblo, ahora como en los tiempos en que san Pablo invitaba a los cristianos de Corinto a imitar a los corredores del estadio y a rivalizar en ascesis para llevarse una corona impercedera y una victoria indiscutible. El “pueblo elegido” antes se había prometido esa victoria, al darse por nombre Israel, palabra que significa “que Dios luce por nosotros”.

PERPETUAR LA VIDA

Las religiones tuvieron como primer objetivo el de conjurar la muerte y suscitar la vida. Los testimonios más antiguos de un sentimiento religioso tienen que ver con los homenajes a los difuntos y los cultos de fertilidad.

Estos últimos celebran al hombre y a la mujer por su actividad sexual y su poder de reproducción. En las expresiones más crudas, asocian lo vergonzoso y lo sagrado, dos nociones simétricas y, además, expresadas con las mismas palabras en numerosas lenguas como el árabe (*harem* o *haram*), el hebreo, el griego o el latín. El vocabulario médico conserva rasgos de ese origen común al denominar unas veces sagradas (sacro, ligamentos útero-sacos) y otras vergonzosas (nervio vago) las zonas del cuerpo humano comunes a la excreción y a la generación. San Agustín decía que “nacimos entre las heces y la orina”, para expresar esa vecindad de los deshechos del hombre y de los misterios de la vida. Y la moral cristiana encontró una palabra bastante sugerente para fustigar el apetito sexual: la concupiscencia.

Sin embargo, las primeras religiones exaltaban los impulsos de la carne y las atracciones del sexo o, por lo menos, veneraban lo que, en los órganos humanos, permite trans-

mitir la vida. Desde la época paleolítica, hace ya veinte mil años, en Austria, en Dordoña o en Siberia, se esculpía a mujeres con los glúteos, los senos y el pubis exagerados como para representar a una mujer encinta o amamantando. Según sus opciones filosóficas, los arqueólogos las llaman “diosas madres”, “figurillas antropomorfas” o “personajes gordos”, pero su abundancia sugiere al menos una preocupación constante por lo femenino susceptible de transformar la obsesión en ritual.

Esa atención prestada a la anatomía femenina se transmitió a las “escrituras sagradas” o jeroglíficas del Cercano Oriente, y posteriormente a nuestros alfabetos occidentales: el triángulo pubiano sirvió de modelo para la delta griega que dio nuestra letra d. Las religiones del Extremo Oriente conservaron una visión más naturalista del elemento femenino: el hinduismo venera al yoni, corte circular que representa la vulva femenina, mientras que el tantrismo encuentra una imagen divina de la sexualidad en la flor de loto, cuya corola es el símbolo femenino. Por su parte, el taoísmo ve la energía femenina en el yin, vertiente sombreada de la montaña, equivalente a la umbría de los Alpes o de los Pirineos: una mitad del paisaje que correspondería a una mitad de la humanidad.

Lógicamente, cada símbolo femenino tiene así su equivalente masculino. Un arqueólogo francés, André Leroi-Gourhan, veía signos acoplados macho y hembra (por ejemplo una flecha y un óvalo) en algunas inscripciones de las grutas paleolíticas de Francia y de España. El yin de los taoístas tiene su yang masculino, la vertiente hacia el Sol, así como la flor de loto de los tantristas tiene su tallo macho. El yoni de los hinduistas tiene como complemento al linga, figura estilizada del órgano viril que sigue siendo objeto de un culto: en un valle del Himalaya, los campesinos recorren a pie cientos de kilómetros para adorar a los linga de hielo. En

sánscrito, el linga es el “signo” por excelencia, ese falo en el que Jacques Lacan veía el “significante privilegiado” que “por su turgencia [es] la imagen del flujo vital en cuanto pasa en la generación”.

El erotismo sagrado

El psicoanálisis volvió a encontrar la dimensión profunda de ese erotismo sagrado que había desaparecido de las religiones llamadas monoteístas. Éstas rechazaron lo femenino eliminando a las diosas y sublimaron lo masculino espiritualizando el cuerpo de los dioses. En la religión de Ugarit, que tuvo mucha influencia en el judaísmo, el *Poema del nacimiento de los dioses graciosos y bellos* cuenta cómo las mujeres adoran al dios Él, cuyo miembro “se alargará como la ola” en un simbolismo de líquido fecundante. Él dará su nombre al dios de los judíos (Elohim) y al de los musulmanes (Alá), que transformarán la potencia genital en poder creador.

Las damas romanas paseaban con amuletos en forma de verga, esos *fascinum* que dieron la palabra francesa “fascinación”. Los griegos veneraban al dios Pan, aquel sátiro que molestaba a las jóvenes, de ahí la palabra “pánico”. También apreciaban a Eros, personificación del amor que el cristianismo censurará hasta por su nombre. En lo sucesivo, el amor se llamará *ágape*, expresión de un sentimiento que pretende ser desinteresado, oblativo y no captatorio, y llamarán “ágapes” a esas reuniones de cristianos donde se practica el reparto del pan y el beso de paz.

Así, en el mundo cristiano, el erotismo sagrado buscó un refugio en formas místicas como el Cantar de los Cantares de la Biblia, o el *Cántico espiritual entre el alma y Jesucristo su esposo*, de san Juan de la Cruz. Y las últimas huellas del ma-

trimonio sagrado (hierogamia) de las religiones antiguas se encuentran en las religiosas que llevan una sortija para simbolizar su unión con Cristo. Esas religiosas no casadas espiritualizan la devoción de las prostitutas sagradas (hierodulas) del Cercano Oriente, que no se comprometen con ningún hombre para estar disponibles para todos. También pueden encarnar esa sed de amor y esa humildad del arrepentimiento que, según el Evangelio de Mateo, hacían decir a Jesús frente a un auditorio egoísta: “Las ramera van delante de vosotros al Reino de Dios” (Mateo, 21, 31).

Si bien el erotismo sagrado sobrevivió en las religiones del Extremo Oriente, sobre todo a través del *Kamasutra* de origen hinduista, perdió casi todo sentido en las sociedades occidentales secularizadas y dejó lugar a una pornografía muy profana. No obstante, podemos encontrar huellas en el culto a artistas muchas veces consideradas escandalosas. Podemos citar a Brigitte Bardot, sobre todo en la película de Roger Vadim, *Y Dios... creó a la mujer*.

La Biblia llamaba “ídolos” a esos cuerpos fascinantes que nosotros llamamos *sex-simbols*. El mejor ejemplo, sin duda, es la cantante Madona que se presenta *Like a Virgin* (Como una virgen) y, en sus canciones “inmorales” multiplica las alusiones a lo sagrado declarando: “Insisto en hablar de sexo para hacer obra evangélica.”

La medicina profana

El divorcio mayor entre sexualidad y religión viene sin duda con los progresos de la medicina. La sexualidad tiene sus secretos y la religión sus misterios, pero las imágenes médicas muestran todo, desde el trayecto de los espermatozoides hasta el crecimiento del embrión, pasando por el sexo del feto y

el eco de sus movimientos. Con la procreación artificial, el niño, bendición de Dios, se vuelve un regalo de los doctores.

La bioética da cuenta de esas confrontaciones entre ciencia y moral: debate la anticoncepción, el aborto, la aceptación o el rechazo del niño minusválido, la procreación asistida y todo lo que sustituye la intercesión divina por intervención humana en el proceso del embarazo.

Un buen ejemplo de interacción de carácter económico entre religión y bioética lo proporciona Japón, donde el sintoísmo, que exalta la fecundidad, prohibió por mucho tiempo la anticoncepción química y, por ende, la píldora anticonceptiva. De esa prohibición nació el método natural del doctor Ogino y el recurso de los métodos mecánicos. Por esa razón, Japón aún dispone de una posición dominante en el mercado mundial del preservativo.

Los propios creyentes están divididos en cuanto a estos temas que tocan lo más íntimo de la persona. Así, en Estados Unidos, si bien numerosos cristianos tradicionales enarbolan la bandera del movimiento *Pro Life* (Pro vida) prohibiendo el aborto, los cristianos liberales sostienen las posiciones del movimiento *Pro Choice* (Pro elección), que defiende la libertad de la interrupción del embarazo. Divisiones similares se dan en religiones tan diferentes como el islam, el judaísmo o el hinduismo. La cuestión fundamental siempre es la de saber en qué medida el niño por nacer puede ser a la vez un regalo de Dios y una elección de la pareja.

En este contexto científico, las grandes religiones se perciben como un poco ingenuas con sus relatos legendarios de alumbramiento: Jesús fue concebido por el Espíritu Santo y Buda nació de un elefante blanco. ¿Pero se puede excluir lo maravilloso sin suscitar lo irracional? Flaubert escribía: “Cuando el pueblo ya no crea en la inmaculada Concepción*, creará en los tornamezas.”

Los incorruptibles

Las religiones se preocupan tanto por el antes de la vida como por el después de la muerte, donde se niegan a ver una nada que subrayaría lo vacío de la existencia y aseguraría la impunidad de las faltas. En consecuencia, proponen a los hombres que aprendan a volverse incorruptibles e inmortales, que se preparen para el tránsito con el desafío lanzado por san Pablo: “¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?”.

Los testimonios más antiguos de una preocupación por la muerte, según la expresión de los arqueólogos, son las “inhumaciones intencionales”. Ellas comprenden un orden de las osamentas, una posición del esqueleto, un adorno de la tumba que revela un cuidado del cadáver y, por lo tanto, una preocupación por el después de la muerte. Los especímenes más antiguos se encontraron en puntos tan diversos del planeta como Charentes y Crimea. El más célebre es una sepultura con ofrendas que data de hace 100 mil años, la de un adolescente de Qafzeh (Israel), cerca de Nazaret.

Todas las religiones instituidas corresponden a una representación del más allá del último suspiro, de esa nueva orilla de la existencia que, tanto entre los griegos como entre los egipcios, se abordaba en barco. Ese mundo tiene su lugar para los bienaventurados, Campos Elíseos de los griegos, paraíso de los cristianos o jardín de Alá. También tiene su lugar para los malditos, Tártaro de los griegos, gehena de la Biblia y del Corán. Lo esencial reside en la separación de los “buenos” y de los “malos”: contrariamente al título de una obra de Nietzsche, nada se sitúa *Más allá del bien y del mal*. La otra vida está sujeta a un juicio final.

A veces han tratado de oponer la resurrección de las religiones occidentales a la reencarnación de las religiones del Extremo Oriente. Esta oposición es a la vez simplista e inexacta.

En primer lugar, la reencarnación, característica del budismo y del hinduismo, fue ignorada por la religión védica y sigue estando ausente en el confucianismo*, el taoísmo y del sintoísmo. Además, esa reencarnación o transmigración de las almas a un nuevo cuerpo depende de la acumulación de los méritos (*karman*) y de la observación de un orden (*dharma*). Para alcanzar el nirvana y no tener una “vida de perros”, cada uno depende de esas buenas acciones.

Incluso la predestinación* de los calvinistas no es la excepción. Ella no es capricho de un dios que condena o que salva, es la afirmación de la superioridad de la gracia sobre las obras: la salvación se da, no se conquista. Pero debemos recibir ese don y aceptar ese arrepentimiento: de la importancia del alma en la religión egipcia al peso del pecado en el cristianismo, siempre hay una evaluación de la falta. Ésta es una carga de la que podemos librarnos para afrontar la muerte con el “corazón ligero”.

También es preciso que existan a la vez una conciencia de la culpabilidad y una creencia en la inmortalidad. Ahora bien, los diferentes trabajos de la sociología religiosa muestran que la fe en una vida después de la muerte declina en el momento en que se confunden las referencias morales: no hay recompensa ni castigo posibles sin una frontera estanco entre el bien y el mal. En un mismo movimiento, a los buenos alumnos se les dotaba no hace mucho de una cruz y a los santos de una aureola para mostrar que las virtudes son honradas en el mundo terrestre y celeste.

La “muerte buena”

El psicoanálisis quiso mostrar los límites de los juicios definitivos. ¿Cómo condenar a esos “pacientes señalados” que

adquirieron la psicosis como herencia o la neurosis en su cuna? ¿Hay que admirar las asceticismos masoquistas, los éxtasis histéricos? ¿Podemos ser condenados por traumatismos de la primera infancia o canonizados por un superyo patológico?

Para una conciencia religiosa, negarse a confesar una falta, a “combatir su culpa”, a reconocer ese paso en falso que el latín llama “pecado” y el griego “escándalo”, impide tener acceso a una vida libre del mal y del Maligno (el diablo). Ese rechazo es inseparable del contexto ideológico, político y científico: el debilitamiento de la creencia en una vida futura tiene que estar relacionado con el “paraíso terrenal” prometido por los regímenes comunistas o con la felicidad en este mundo que debe el Estado-providencia. La colectividad se hace cargo de la enfermedad, de las desgracias de la existencia, de los caprichos del destino, mientras los médicos remplazan a los sacerdotes en las cabeceras de los enfermos. Ese paso de testigo de los hombres de negro a los hombres de blanco transformó mucho la fe en un poder divino: desde que la tuberculosis se cura y los cánceres se tratan, raros son los milagros de Lourdes... no obstante, las multitudes siempre son igual de numerosas.

También se cuestiona a la medicina por su obstinación terapéutica. Se le reprocha el hecho de preocuparse más por la cantidad que por la calidad de vida: en medio siglo se habrá duplicado la población del globo y la duración de la existencia humana, pero ¿puede decirse que el hombre es dos veces más feliz? Si la “esperanza de vida” no es promesa de felicidad, se puede llegar a renegar de ese deseo de los viejos tiempos que fundaba el prestigio del dios de los patriarcas.

A falta de elixir de la juventud, se le piden a la medicina pociones de muerte dulce. Ésta toma el sabio nombre de eutanasia, literalmente “morir bien”. Hasta hace poco, una “muerte buena” era el fin plácido de aquel que entregaba su

alma a Dios. Ahora, más bien sería el momento escogido para detener los sufrimientos, ese rechazo de las prolongaciones en las que la vida ya no tiene sentido.

A veces la eutanasia parece un desafío para las religiones. Si el hombre escoge el momento de encontrarse con su Creador, parece rechazar la muerte providencial. Para las teologías tradicionales, adelantar la muerte equivaldría a rechazar los sufrimientos vinculados con la condición humana. Pero otros creyentes desean poner un término a su vida en este “bajo mundo” cuando éste es para ellos sólo un penoso mar de lágrimas, un dolor mudo, sin diálogo ni confianza.

Los grandes desórdenes

Pero sucede que ahora otra vez hay muchas razones para creer y esperar un mundo mejor. La crisis de la economía mundial, la explosión del desempleo, las olas especulativas parecen hacerle el juego a los impíos y la cama a los corruptores. Entonces, la moral pública incita a tomar a la letra aquel consejo de san Pablo: “Vístete de incorrupción” (I Corintios, 15, 53), es decir de creencia en un juicio final y en una vida eterna que dan al hombre su resurrección y al mal, su condena. Una manera como otra de decir de los aprovechados de toda calaña: “No los llevarán al paraíso.”

También resulta que la medicina se estanca frente al mal: ciertas capas de microbios resisten a todos los medicamentos. Abiertamente o no, algunos ya ven en el sida una nueva peste y, como en la fábula de La Fontaine, un “Mal que el cielo en su furor / inventó para castigar los crímenes de la Tierra” (*Los animales enfermos de peste*). Así, mal que bien, renace en todas partes el sentimiento de una falta que apresura la muerte y de un juicio o de una suerte que protege a

la gente de bien y condena a los demás. La historia de las epidemias está llena a la vez de ceremonias expiatorias y de invocaciones a la Providencia. No hay equilibrio sin calamidad ni perdón sin desgracias y, frente a una enfermedad que relaciona el sexo con la muerte, cada religión puede hacer suya esa máxima de Zola en *Nana*, en la época de la sífilis: “Los grandes desórdenes llevan a las grandes devociones.”

Zola describió a las multitudes de Lourdes que iban a pedir a la religión una cura que el médico no podría prometer ni mucho menos cumplir. Actualmente, si bien las enfermedades han cambiado, la esperanza permanece y los santuarios se multiplican en todos los continentes. Los mexicanos imploran a la Virgen de Guadalupe y, astutamente, las autoridades sanitarias del país colocaron unos puestos de vacunación en el atrio de la Basílica. Cerca de Pondichery, los indios veneran a la Virgen de la Salvación, según un rito católico teñido de hinduismo en el cual se sumergen en las aguas milagrosas del Golfo de Bengala, así como los devotos de Shiva van y se introducen en el Ganges, en Benarés.

El recrudecimiento de las enfermedades que no hace mucho se creían erradicadas y la aparición de nuevos desórdenes orgánicos o psíquicos han animado a nuestros contemporáneos a buscar respuestas tradicionales a los males modernos. Para alejar las desgracias, recurren a la magia negra de los animistas o a los talismanes de los morabitos. Para evitar los dolores prueban la acupuntura, inspirada en las lecciones del taoísmo sobre los trayectos nerviosos, o la hipnosis, cercana a las técnicas de exorcismo del chamanismo. Decepcionados de la civilización material y las promesas de la ciencia, muchos les piden a las espiritualidades que les den un mejor vivir y bienestar. Piensan que, para aprovechar la vida presente, el hombre debe pensar en los fines últimos y recuerdan aquella advertencia del poeta libertino Mathurin

Régnier: “Y si mucho me sorprende por qué / la Muerte quiso pensar en mí / que no me digné a pensar en ella.”

Los nuevos adioses

En un contexto tan angustiante, es muy difícil sin embargo prever el porvenir de la idea de posmuerte. En un sentido, se percibe el retorno a los modelos habituales de cada religión: los islamitas prometen el paraíso de Alá a los combatientes de la “Guerra Santa”; el Papa Juan Pablo II canoniza abundantemente, ya creó doce veces más santos y beatos que Pablo VI.

En sentido inverso, asistimos a una evolución de los cultos funerarios. Ahora la Iglesia católica ofrece exequias religiosas a los suicidas y ya no se opone a la incineración de los muertos. Por otro lado, un número creciente de difuntos de los países cristianos escoge dicho procedimiento, por demás ecológico y económico, y cada vez se frecuentan más las funerarias, los crematorios y los columbarios. Así, se elimina la frontera milenaria de la tumba y de la hoguera, que separa a un Occidente que conserva a sus muertos bajo tierra de un Extremo Oriente que, en su mayoría, los confía al fuego. Quizá también soñemos, en los países con tradición cristiana, con adioses exóticos, donde el “gran viaje” lo inaugura una extraña muerte. Pero sean cuales fueren las modalidades, todas las religiones tienen el culto de la memoria y hacen suya esa máxima del “ateo” Aragón: “Lo que fue será, con tal de que lo recordemos.”

CONSERVAR LA MEMORIA

Honrar a los muertos es también hacer que revivan los buenos tiempos de su vida y los mejores momentos de su época. Como vínculos entre las generaciones de creyentes, las religiones pretenden ser los guardianes de una cultura amenazada de obsolescencia por la modernidad. Ellas desean señalar lo bien fundado de la memoria y temen esas revoluciones que aplican la consigna del canto de *La Internacional*: “Del pasado hagamos tabla rasa.”

Al apelar a tradiciones milenarias desconfiamos de las fuerzas del cambio. No podemos esperar la salvación del mundo por venir de gobernantes ocasionales ni de regímenes fortuitos. Una esperanza puede inscribirse en el tiempo, venerando a los antepasados y respetando sus principios: “[...] desde hace más de cuatro mil años nos lo prometían los profetas”, dice un cántico de Navidad. Pero en el momento de querer trastocar el orden secular se instala la ingratitud: en Francia, 1968, el año de los “acontecimientos”, es el año en el que los floristas vendieron menos crisantemos para el día de la fiesta de muertos.

El poder de los orígenes

Mantener la llama del recuerdo es también velar por un poder, el de los orígenes, que el griego llama arcaísmo y que es a la vez mandamiento y comienzo. Para las religiones, siempre es conveniente asegurar la transmisión de los principios fundadores a los dirigentes actuales con el fin de que el mundo no sea interrumpido en su génesis.

Generalmente esa evocación del pasado se les confía a los ancianos. En el mundo griego, esa anamnesis era atribución de los “prébitas,” es decir de los viejos entre los cuales, desde principios de la Iglesia cristiana, se escogía a los sacerdotes, insensibles a los extravíos de los tiempos nuevos pero fieles a los compromisos de su juventud.

Del Consejo de los ancianos del judaísmo antiguo a la voz de los ancianos (theravada) del budismo primitivo, con frecuencia las religiones han afirmado la preeminencia de la ancianidad para guiar a los fieles por los caminos de la observancia: a viejas familias y a hombres venerables les corresponde inspirar a las multitudes el respeto de la doctrina y el recuerdo de los fundadores.

Pasado ese tiempo, ciertamente está permitido perpetuarlo. Se puede, como los sacerdotes tradicionalistas, vestir a la antigua, llevar sotana y collarín. Se puede incluso vivir a la antigua y, hasta el concilio Vaticano II, los papas se desplazaban en silla gestatoria, la silla portátil que llevaba a los reyes holgazanes. Por mucho tiempo conventos o monasterios han querido compartir las incomodidades de las edades bíblicas, rechazando el gas de la ciudad y el agua corriente.

En ese terreno, la que rompe todos los récords es la célebre comunidad americana de los amish que, para copiar la vida de sus antepasados procedentes de Suiza, mantiene la civilización de las lámparas de aceite y de las carretas. Sus corre-

ligionarios anabaptistas* de los Países Bajos se conforman con rechazar la medicina moderna y las vacunas, imitando en eso al papa León XII quien, en el siglo XIX, repudiaba esas “novedades diabólicas, contrarias a las leyes de la naturaleza”: sólo Dios puede proteger del Mal, no hay más humanos inmunizados que pecadores inmaculados.

A la inversa, el progreso técnico se puede utilizar para alentar la fe. Si bien la tradición es, literalmente, la “entrega” de un bien recibido por parte de una generación a la siguiente, ésta no podría transmitirse sin los logros modernos: si el “hada electricidad” llama con mayor seguridad a los fieles a la oración, hay que sustituir al almuecín por un altavoz o al campanero por un minuterero eléctrico.

Incluso se ha desarrollado el uso de técnicas de punta para apoyar las verdades más antiguas: estudio informático de los textos sagrados, fechado al carbono 14 de los manuscritos antiguos, sondeo por medio de resonancia magnética del subsuelo de los lugares santos, etc. En el último de los casos, la ciencia vendría al rescate de la “fe del carbonero” y, como santo Tomás tocando con el dedo las llagas de Jesús resucitado, podría erradicar el escepticismo o desenmascarar la impostura.

De los vestigios de la “verdadera cruz” de Cristo a las fibras del “manto de la Virgen”, del santo sudario de Jesús a los caninos de Buda, todos los objetos de piedad pasan por tamiz de los rayos. Siempre se trata de remontar el tiempo para que se manifieste la prueba ahí donde se instala la duda.

La segunda vida de las lenguas muertas

El recorrido es difícil si recordamos los milenios que nos separan de los fundadores de grandes religiones. En ciertos

aspectos, la multiplicación de las nuevas sectas podría expresar una impotencia para restablecer esos tiempos védicos, bíblicos o coránicos, así como la necesidad de crear profetas adaptados a los tiempos modernos. Cuando cierto gurú de los Alpes del Sur, jefe de la secta del caballero del Loto de oro, se proclama “avatar de síntesis”, con ello significa que las metamorfosis del dios Visnú, descritas en el *Mahabharata** hace ya dos milenios, deben actualizarse.

Una de las funciones capitales de las religiones es tratar de restituírnos las lenguas antiguas, los pueblos olvidados, las civilizaciones desaparecidas y evitar que tantas riquezas humanas pronto parezcan continentes sepultados. Desde Champollion, la mayor parte de los grandes descifradores del pasado también han sido historiadores de las religiones.

La primera tarea es hacer revivir las lenguas muertas. El latín de la liturgia católica, el griego antiguo del Nuevo Testamento, el viejo eslavo de la liturgia rusa ortodoxa, el sánscrito del hinduismo, el pali del budismo del Pequeño Vehículo ya no tienen otro uso que el religioso. En consecuencia, sacerdotes, pastores, rabinos, popes, brahmanes y bonzos son los que les impiden alcanzar el cementerio lleno de idiomas difuntos. Por medio de esas lenguas muertas desean transmitir la palabra viva de los relatos fundadores.

El memorial de las Escrituras

Otra tarea, muy relacionada con la anterior, es enseñar las escrituras arcaicas. Ya se han “inventado” muchos ideogramas, silabarios o alfabetos para poner por escrito textos religiosos. Primero, la Santa Escritura, ese jeroglífico es un pincelazo o un trazo de pluma cuya exactitud gráfica garantiza la escrupulosa reproducción del texto: el respeto de la “línea”

es un imperativo sagrado y el error del copista una falta imborrable.

Alguna de esas escrituras conservaron un uso profano. Así sucede con la escritura hebrea que se vuelve a utilizar desde la fundación del Estado de Israel. O también, con el alfabeto cirílico, elaborado para evangelizar a los eslavos (quizá en una forma ligeramente diferente llamada glagolítica) y que sigue sirviendo para escribir la lengua rusa. Más aún, el poder soviético ateo exigió a los pueblos no eslavos que, para escribir su lengua, adoptaran esa escritura atribuida a san Cirilo, obispo griego.

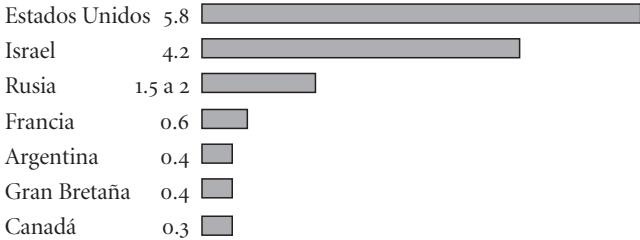
Otras escrituras o lenguas, inutilizadas en la vida cotidiana, ya casi no tienen sino un interés cultural o cultural y cuando, en tal o cual universidad francesa de diez mil estudiantes, sólo seis se inscriben en griego y en latín, nos preguntamos si la enseñanza laica por sí sola podrá asegurar esa salvaguardia de las letras antiguas. Por lo tanto, las religiones se erigen en conservatorios de una cultura clásica. Facultades de teología, escuelas rabínicas o coránicas compiten para mantener saberes amenazados.

La función memorialista de las religiones también abarca los libros. Los Sutras* impresos de los monjes chinos en la prensa del brazo de la Biblia de Gutenberg, la historia de los procedimientos de impresión y de reproducción le debe mucho a la propaganda religiosa y a sus necesidades misioneras. ¿No es acaso la Biblia, con más de dos mil millones de ejemplares puestos en circulación hasta nuestros días, incluso precediendo las obras de Mao, el primer *best-seller* mundial?

Pero sobre todo en el ámbito de la compilación es donde las religiones han desempeñado y siguen desempeñando un papel importante. Para recoger las tradiciones, han elaborado inmensas recopilaciones como las 100 mil estrofas del *Mahabharata* (tres veces la Biblia); para mantener la integridad

El judaísmo en el mundo

(en millones de fieles)



Las estadísticas de la religión judía a menudo son vagas (sobre todo en la ex URSS) ya que muchos israelitas no desean declararse por razones de seguridad, mientras que las autoridades de ciertos países minimizan su importancia.

Dos veces en la Historia, como consecuencia de los genocidios llevados a cabo en el Imperio romano (siglo I d.C.) y en la “nueva Roma” del Reich hitleriano, la población judía disminuyó dramáticamente. Pero el criterio cuantitativo no mide bien el papel mundial de una religión cuyo esplendor intelectual y espiritual no se limita a sus 15 millones de miembros.

Antes de los pogromos rusos y, sobre todo, de la persecución nazi, un 85 por ciento de los judíos vivía en Europa y cerca de la mitad en Rusia. Ahora, casi la mitad de los judíos del mundo siguen viviendo en un sólo país, pero se trata de Estados Unidos. Nueva York es, de lejos, la primera ciudad judía del mundo.

de la fe, se han publicado comentarios minuciosos como los cincuenta tomos de la *Suma Teológica* de santo Tomás de Aquino. En consecuencia, las religiones en primer lugar han “hecho volumen”, juntando los textos como a los hombres y haciendo incluso una especialidad de ese arte de la encuadernación que asocia delicadeza y resistencia, papel biblia y piel de zapa. Y no es una casualidad si, en Francia, Limoges, gracias a sus bueyes, es la capital del calzado y de los misales.



Una biblia hebreaica. Este manuscrito iluminado del siglo XIII es un ejemplo de encuentro entre la imagen y el relato. La ilustración viene a reforzar el texto hebreo donde el respeto de la letra y comentario del sentido forman el pedestal de la religión judía. Foto © G. Dagli Orti.

La transmisión del patrimonio

De manera más general, las religiones aparecen como conservatorios del patrimonio. De ello obtienen por lo demás cierto prestigio en las épocas en que se cuestionan las herencias. Entre viejos libros y viejas piedras, participan en la leyenda de los siglos, entre las bibliotecas de los monasterios y los tesoros de las catedrales. Más de la mitad de los monumentos protegidos por la UNESCO como patrimonio mundial de la humanidad son edificios religiosos.

En esa misión conservadora, las religiones arbitran constantemente entre la preservación y la renovación. Con frecuencia, la historia de los edificios sagrados no es más que un largo ir y venir entre la moda de la época y regreso al estado inicial: un encalado para disfrazar “beaterías”, un pequeño decapado para encontrar la peña de la fe. Cada siglo innova o imita, y el nuestro habrá dado tanto la arquitectura de vanguardia de las iglesias de Le Corbusier como el pastiche Renacimiento de la basílica de Yamoussoukro (Costa de Marfil).

La misma vacilación se observa en la conservación de los textos sagrados. Por un lado, en nombre de la preservación del depósito de la fe, algunos religiosos mantienen una exégesis literal y, según la palabra de Jesús, no se suprime “ni una j” de la ley de Dios. Por otro lado, en nombre de las exigencias de las nuevas generaciones, otros religiosos adaptan el comentario de las Escrituras a los tiempos modernos. Esa inteligencia de los textos supone hoy un diálogo permanente entre ciencias del hombre y cercanía del misterio. Y la ruptura de ese diálogo desemboca en todos los fundamentalismos.

En nuestra época de triunfo de la imagen hay que reservar una mención particular a los movimientos iconoclastas. Éstos recorrieron la historia de Bizancio así como la de



La memoria en disco duro. Este monje trapista de la abadía de Nuestra Señora de Dombes realiza un trabajo de exégesis bíblica que sería imposible sin la informática: se trata de una versión moderna de los “trabajos de benedictinos”. Fundada en el siglo pasado cerca de Lyon, en los pantanos de Dombes, “en el mismo medio del imperio de las fiebres”, esta abadía fue un lugar importante de la resistencia al nazismo. Foto © F. Jalain/Explorer.

la Reforma y triunfaron en el judaísmo y el islam. De manera inversa, el estilo barroco de la Contrarreforma católica y la profusión de colores de los templos hindúes son buenos ejemplos de una fe ilustrada. En total, la imaginería religiosa conoce los mismos debates que las artes profanas en cuanto a la representación de lo invisible y a la figuración de las ideas.

Para las religiones, lo esencial sigue siendo la fidelidad a la herencia de las generaciones de creyentes. Y, en esta estrategia patrimonial, imagen y escrito se completan con lo oral ya que nada iguala el poder de emoción de la voz humana. El campo religioso siempre ha sido un terreno privilegiado para la práctica mnemotécnica: letanías, cantos y oraciones dan un valor particular al aprendizaje de memoria, a la recitación que, en árabe, se dice *corán*. Sin duda, el mejor ejemplo de ello lo proporciona ese ministro de Asuntos Religiosos de un país musulmán que acaba de ofrecer 100 mil francos y una medalla a aquél que recite de memoria el Corán.

SANTIFICAR LAS ALIANZAS

Las religiones pueden vincular a los hombres entre sí y con Dios. La alianza es trascendental cuando, para emplear el lenguaje de Teilhard de Chardin, une el corazón del mundo con el medio divino. Ella es inmanente cuando ella se sella en el interior del fenómeno humano para crear una armonía en el seno de la pareja, una solidaridad entre los grupos o un acuerdo entre los pueblos, incluso una alianza entre soldados.

En las religiones de origen indio (budismo, hinduismo), las relaciones entre universo visible e invisible se desprenden de una unión profunda que es fundamentalmente un acuerdo interior, una paz del alma (*atman*) de donde, en relación con una armonía cósmica, se construirán un orden o una ley (*dharma*).

Si bien ese orden puede variar mucho según las religiones, no deja de constituir un principio regulador de la existencia que gobierna toda la vida práctica: en la cocina china, como en los jardines japoneses, hay un sabio contraste de los colores, de los sabores y de los olores donde cada elemento sólo vale por el conjunto. Dentro de esa armonía de esencia religiosa, parece que no hay lugar para la disonancia o la singularidad.

Los occidentales sacaron demasiado rápido la conclusión de que esa parte del mundo estaba condenada al conformismo y al inmovilismo. Las fulminantes mutaciones económicas de Asia del sureste y noreste muestran que no es así. Los templos y los palacios de Pekín celebran la “Eterna armonía”, el “Placer armonioso”, la “Armonía virtuosa” y el “Jardín de la concordia”. Pero la China actual rompe todos los récords mundiales de expansión desequilibrada, de crecimiento salvaje y de progreso conflictivo.

El signo de la Alianza

En las religiones que provienen de la tradición de Abraham (judaísmo, cristianismo, islam), el acuerdo entre los mundos visible e invisible es sobre todo fuente de apaciguamiento. Esa paz es a la vez sumisión del hombre a Dios y reparto fraternal de ese juramento de fidelidad. En hebreo y en árabe, una misma raíz expresa ese estado: es el *shalom* o saludo de paz, de donde derivan *Salomón*, el hombre de paz, *Jerusalén*, la ciudad de paz, e *islam*, la actitud de paz o de sumisión.

Pero ese acuerdo también es una tensión entre fuerzas paradisiacas o infernales, un vértigo entre la aspiración al bien y la tentación del mal que pone al hombre de cabeza. Para concluir la alianza con Dios y conocer Su gracia, es necesario huir del pecado y alejarse de las torpezas. Hay incluso, de manera paradójica, una alianza de la ruptura, y el célebre salmo de David, el *Miserere*, invoca a Dios a partir de un “espíritu roto”, de un “corazón herido”: “Y que bailen, los huesos que moliste.”

En relación con las religiones de Grecia y de Roma, la tradición de Abraham sustituye la salvación por el destino y la transgresión por la fatalidad. Al preferir el esfuerzo a la

suerte, el asceta del desierto a “dama Fortuna”, esa tradición da un enorme poder a los rigores de la Ley. El derecho ya no es solamente el medio para regular las relaciones entre los hombres: también es la vía para obtener la proyección de Dios. Para permanecer en la Alianza, el judío debe observar 613 mandamientos.

Esa minuciosidad jurídica se apoyaba ya en un milenio de derecho escrito y se prolongará mucho más: los códigos mesopotámicos para la charia musulmana, se puede observar la evolución y la continuidad de esas leyes del Cercano Oriente donde, en algunos países, se lapida y se amputa como hace tres mil años. Pero ese derecho sin piedad tiene sus motivos: cuando el príncipe hace justicia en nombre de Dios como Hammurabi rezando a Marduk, “muestra al País el buen camino”, expande “la verdad y el derecho en el espíritu público” y “asegura la felicidad de la gente”.

Las obligaciones de la Ley

En consecuencia, no se puede hacer de la obsesión de la falta una herencia de la “tradición judeocristiana”, ni de la obediencia a la Ley el fruto de una culpabilidad hebraica. Ellas existían antes y en otras partes, y están presentes en el sistema jurídico que ejerció la influencia más fuerte en el mundo, el derecho romano.

La Ley es una regla puesta por los dioses y no hay alianza entre los hombres ni unión entre los pueblos que no se refieran a ella. En Roma, la justicia empezaba con la observación de fórmulas rituales, el *ius*, que le daba un beneplácito religioso al magistrado y le permitía plantear lo “prohibido” (*interdictum*). Aún en nuestros días, incluso en los países laicos, el respeto del derecho pasa por el juramento y el tribunal es, por excelencia, el lugar donde se jura.



La primera comunión. *La factura clásica de esta obra realizada en 1896 por el joven Picasso, de 15 años, conviene muy bien al velo tradicional de la que comulga, que renueva los votos de su bautizo y perpetúa así la alianza entre el creyente y su Dios. (Hoy se trata de la Comunión solemne). Foto © de SPADEM 1995/G. Dagli Orti.*

Uno de los primeros frutos del acuerdo entre hombres y dioses sigue siendo la alianza del hombre y de la mujer que se unen con un doble vínculo conyugal y religioso. Si bien la tradición bíblica ha insistido más que otras en la dimensión mística de los esponsales, ninguna religión le ha quitado al matrimonio una parte sobrenatural. La razón es en primer lugar demográfica: celebrar bodas es bendecir niños muy pronto y, por poco que los jóvenes esposos hayan festejado “el Pentecostés antes de Pascua”, ya es contar los nacimientos.

La hostilidad general de las confesiones a todas las formas de vida en pareja no previstas por la ley religiosa en primera instancia tiene que ver con ese riesgo de ver a la familia ilegítima denunciar los pactos concertados con el Cielo, renegar de las costumbres instauradas por los antepasados: en Europa y en América, divorcio y práctica religiosa siguen curvas exactamente inversas.

En consecuencia, todo está arreglado para salvaguardar a la familia y para hacerse cargo de sus vástagos. Las iglesias se han interesado en las escuelas para que cada uno viva con el Dios de su juventud y en los hospitales para que cada uno muera en la fe de su infancia.

La colecta y el diezmo

Cuando la “célula básica” de la sociedad está conformada, aún falta que las religiones establezcan las bases de un acuerdo social, extiendan su solicitud a la comunidad de los creyentes, instauren los mecanismos de ayuda que preven- gan todas las formas de exclusión. El primer impuesto “so- cial” del mundo lo fue sin duda alguna el diezmo, originario del Cercano Oriente, que financiaba a la vez los gastos del culto y los de solidaridad. Aún sobrevive en la zakat (limos-

na) de los musulmanes y en el impuesto eclesiástico que pagan los ciudadanos alemanes.

La mayoría de las instituciones de asistencia tienen un origen religioso y, en la Palestina de Jesús, existía ya una “escudilla de los pobres” que se parecía mucho a nuestros “albergues del corazón”.

Esa ayuda mutua puede insertarse dentro de una colectividad más o menos igualitaria o diferenciada. En el ambiente y la tradición pastoral del Cercano Oriente, el cristianismo ha comparado a la multitud de los creyentes con el rebaño de ovejas conducido por Jesucristo, el “buen pastor”. En principio, cada miembro del grupo, incluso el más débil en apariencia, tiene tanto valor como otro. Y esa nivelación funda lo que el latín llama una congregación, literalmente una “reunión de animales” donde el instinto gregario se conjuga con la obediencia común.

Aun cuando la historia de la Iglesia se ha mofado con frecuencia de ese ideal de disciplina igualitaria, muchas utopías comunistas se han referido al reparto evangélico donde el rico, como el preceptor Zachée, encuentra la salvación al donar la mitad de sus bienes. Y en plena Edad Media, los cristianos disidentes como los valdenses de Lyon o los husitas de Praga predicaban y practicaban una religión igualitaria, pese a la oposición de los prelados.

Las mismas observaciones valdrían para la comunidad (umma) musulmana fundada en el acuerdo unánime y la igualdad teórica de los creyentes a pesar de las diferencias prácticas entre la holgura de los caravaneros y la pobreza del pueblo. Pero el “oro negro” ha aumentado considerablemente esas disparidades y ha perturbado el equilibrio social deseado por el Profeta. La diferencia de condiciones es hoy uno de los mayores problemas internos para el islam: ¿acaso el sultán de Brunei no es el hombre más rico del mundo?

El sistema de las subcastas

En forma totalmente opuesta a ese ideal igualitario, se sitúa el sistema hindú de las castas y, sobre todo, de las subcastas. Éste se funda a la vez en las disparidades de condición en el nacimiento (*jati*) y en las diferencias de color (*varna*), que a su vez remiten a factores étnicos o, mejor dicho, al... bronceado, puesto que los trabajadores manuales se exponen más a la luz solar. Por consiguiente, no podríamos sacar conclusiones estrictamente teológicas de la “blancura” de los brahmanes, mucho menos cuando, en la América Latina cristiana se observa una misma jerarquía, en la que las poblaciones con la piel más clara muchas veces tienen el estatus social más alto. En cambio, se puede ver en el sistema de castas una perpetuación de las desigualdades, al mismo tiempo que una especialización de las funciones. Procedente de la vieja religión védica, de origen indoeuropeo, esa estructura tradicional, aún perturbada por la revolución industrial y urbana, se adapta a la vida moderna y sobrevive a su abolición oficial por la Constitución india. Por más molesta que sea, esa sacralización de la desigualdad es totalmente imputable a la religión. ¿Es culpa de Visnú si un perro estadounidense consume tanto como un intocable hindú? El sistema de las castas perpetúa un arcaísmo a la vez teológico y económico.

La unión de los soldados

El vínculo religioso también puede desafiar las relaciones internacionales. En el plano militar, el compartir una misma fe puede favorecer esa disciplina que constituye la fuerza de los ejércitos. Uno de los primeros modelos conocidos es el



Un monje lamaísta y un sacerdote abad benedictino. *El encuentro entre este sacerdote abad, ex oficial del ejército francés, y un monje lamaísta, fiel del dalai-lama (“Océano de Sabiduría”), jefe espiritual del budismo tibetano y ex jefe temporal del Tíbet, subraya el carácter estratégico de las religiones. Desde las primeras cruzadas hasta el padre de Foucauld, la figura del monje-soldado fue una constante en el Occidente cristiano. En cuanto a la conjunción de las tareas políticas y místicas, hasta en 1870, fue una característica de la función pontifical. Prosiguió en el Tíbet hasta 1959, fecha en la que el régimen marxista de China suprimió la teocracia tibetana y persiguió a sus fieles. Foto © Papa Razzo/CIRIC.*

de Israel, donde la alianza con Dios sirve de arma contra el enemigo: los sacerdotes pasean el Arca de alianza entre las filas de los soldados que conseguirán la victoria como premio de su fe. Esta alianza tiene un signo, la circuncisión, y cuando los militares la han sufrido para demostrar su pertenencia al campo de Dios, éste ha hecho caer las murallas de Jericó.

La alianza entre Dios y su pueblo, a su vez, se produce entre combatientes. Jonatán hace alianza con David “porque lo amaba como a sí mismo” (I Samuel, 20, 17). Esa fraterni-

dad de las armas vuelve a los soldados de Dios “inseparables en su vida, tampoco en su muerte fueron separados; más ligeros eran que águilas, más fuertes que leones”. Y David dice de su hermano de alianza: “Jonatán, más maravilloso me fue tu amor que el amor de las mujeres.”

Los griegos debían además llevar muy lejos esa alianza de los hombres con el batallón sagrado de Tebas, donde cada soldado con respecto a otro, es animado por ese “amor sagrado” que era el otro nombre del amor entre hombres y que aún sobrevive, en forma casta, en los célebres “binomios” de los ejércitos. La exclusión de las mujeres entrega por lo tanto a los hombres a los dioses de la guerra (Ares) y del amor (Eros) para que, viviendo de a dos, tengan el doble de valor.

Al contrario, la tradición musulmana sitúa el vínculo entre Dios y los combatientes en el nivel del grupo y no de la pareja. La guerra suprema (*djihad*) es un esfuerzo colectivo y, en todas sus formas, incluso militares, es un deber para todos los creyentes. Dios no los abandonará y les concederá su bendición que protege del peligro, la *baraka*.

La versión moderna de ese vínculo a la vez místico y estratégico será la Liga de Estados Árabes creada, en 1944, entre diversos países musulmanes del Cercano Oriente y más tarde de África del Norte. Ésta institucionaliza la noción de “países hermanos”, cuya fe común funda la fuerza colectiva. La ideología comunista se acordará de ella cuando llame también “países hermanos” a las naciones marxistas, cuya fraternidad se alimenta de los “padres fundadores” que son Marx y Lenin.

En la tradición cristiana, el padre de la alianza será el papa que reúne a su alrededor a sus “hijos”, los reyes. Sus primeras manifestaciones serán las cruzadas que, en principio, reúnen a todos los países cristianos y, desde entonces, el

papado nunca ha renunciado a dirigir una acción internacional. Un buen ejemplo histórico de esto fue el tratado de Tordesillas mediante el cual, en 1494, el papa Alejandro VI Borgia dividió al mundo entre España y Portugal, para repartir entre esas dos naciones las nuevas tierras exploradas. Más recientemente, un arbitraje del papa Pablo VI fijó la frontera entre Chile y Argentina, en la Patagonia, de una y otra parte del canal de Beagle.

A escala de toda la cristiandad, los acuerdos o alianzas pueden implicar una referencia teológica. Uno de sus más célebres ejemplos es la Santa-Alianza, pacto místico firmado en 1815 “en nombre de la Muy Santa e Indivisible Trinidad”, por el rey de Prusia, el emperador de Austria y el zar de Rusia, es decir un protestante, un católico y un ortodoxo. Hoy, la diplomacia pontificia en el caso de los católicos, el Consejo Ecu­ménico de las Iglesias (CEI), en el caso de los protestantes, y los ortodoxos, de un modo menos dominante, mantienen esfuerzos para favorecer un orden mundial fundado en valores cristianos.

La mística del combate

La noción de alianza no tiene un verdadero equivalente en las espiritualidades del Extremo Oriente y esa ausencia obedece a razones teológicas fundamentales que distinguen las confesiones provenientes de la tradición de Abraham, de las religiones nacidas al este del Indo. En primer término, aquellas se fundaron en una Revelación histórica y estas últimas, sin excluir una revelación, privilegian una experiencia interior. Así, unas tienden a extender el campo de esa Revelación haciéndose misioneras con riesgo de confundir a veces militan­tismo y militarismo, y otras prefieren profundizar la

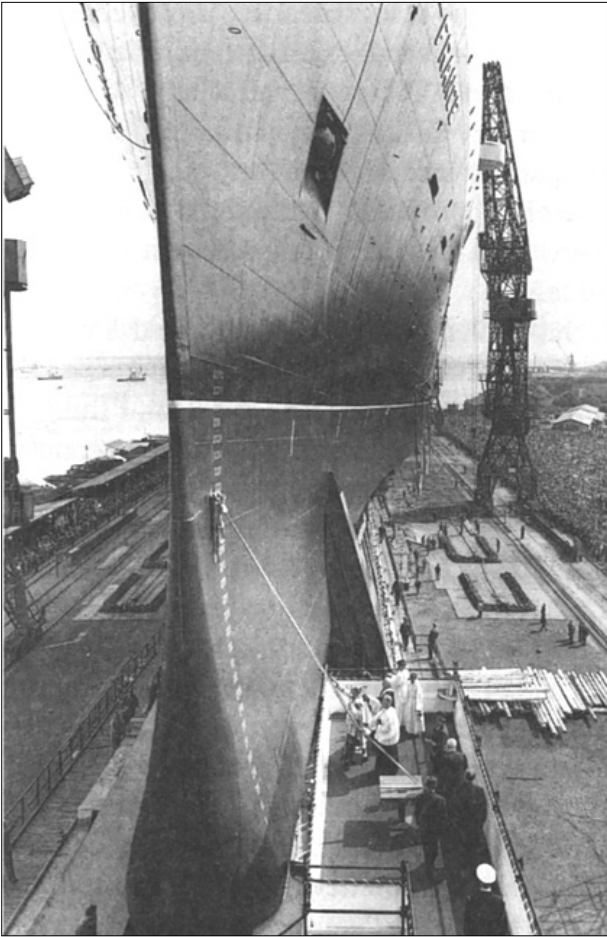
mística individual, con riesgo de hacer de la práctica religiosa un proceso egocéntrico.

Pero, éste no impide la defensa de los valores colectivos. Así como los tres “monoteísmos” han podido pelear para la toma de Jerusalén, la India es el escenario de innumerables conflictos y atentados que conciernen a un templo, una iglesia o una mezquita a tal punto que se ha podido hablar de “fanatismo hindú”. Y cuando en Sri Lanka tamiles y cingaleses se matan entre sí, no es indiferente señalar que los primeros son hinduistas y los segundos, budistas.

De igual manera, la religión se puede poner al servicio de causas nacionalistas. Los emperadores chinos hacían la guerra en nombre de una monarquía de inspiración “celeste”, así como Luis XIV en nombre de una monarquía de derecho “divino”. Los samurais japoneses obtenían su sentido del deber de los elementos provenientes del sintoísmo (culto del emperador) e incluso del confucianismo (respeto de la jerarquía). Durante la segunda guerra mundial, los hombres-obuses del imperio del Sol naciente se llamaban kamikazes, literalmente “el viento de los dioses”.

A falta de una teología de la alianza, esos hombres tenían una mística del combate. Ella puede tener su versión civil en nuestra época de “guerra económica” en la que el ardor en la lucha también es muestra de la fuerza espiritual. Numerosos hombres de negocios de Tailandia o de Japón hacen retiros en templos de Buda o del sinto, del mismo modo que sus homólogos occidentales frecuentan monasterios benedictinos. Y, al prender palitos de incienso o cirios de cera, apelan a las luces de arriba para sus empresas.

El Cielo se toma por testigo de los riesgos y de las oportunidades de cualquier aventura humana. En tiempos de paz, debe favorecer la competencia económica y religiones rivales apadrinan la carrera hacia el progreso. Así, para que



“Bautizo” del paquebote France en 1961, por parte del general de Gaulle. Aquí no se trata de un verdadero bautizo sino más bien de una bendición, destinada a proteger navío y pasajeros, y a ofrecerles lo que la Biblia y el Corán llaman la “baraka”. La champaña se mezcla con el agua bendita en un rito mitad cristiano mitad pagano. Foto © Keystone.

se aliaran las potencias rivales del firmamento, los estadounidenses grabaron en sus dólares una divisa cristiana y otra masónica, invocando la fe en Dios (*In God we trust*) y el “nuevo orden de los siglos”.

En tiempos de guerra, el Cielo debe justificar las obras de muerte, con el mismo ardor en ambos campos. Durante la segunda guerra mundial, los SS alemanes llevaban en sus cinturones la leyenda “Dios está con nosotros” (*Gott mit uns*). Y los soldados estadounidenses tenían una Biblia en su mochila: con pasta color kaki para el ejército de tierra, azul marino para la marina y azul cielo para los aviadores.

Actualmente, los soldados croatas católicos combaten con su rosario, los serbios ortodoxos con sus iconos y los bosnios musulmanes con su tapete de oración. En la guerra más alta del mundo, indios hinduistas y paquistaníes musulmanes se enfrentan en el glaciar de Siachen, a seis mil metros de altura. En el conflicto más bajo del planeta, judíos israelíes y musulmanes palestinos siempre se enfrentan en uno y otro lado del mar Muerto, a menos de 400 metros. Casi no hay combate alguno en el que los hombres de ambos campos, que enfrentan la muerte, no llamen a un Dios a su auxilio y no encuentren un rincón del cielo para cada causa.

Hacer bloque y hacer frente son las dos exigencias capitales de la guerra: hay que apoyarse para contener el choque, reforzar las alianzas para aislar al adversario. Cuando el emperador Ashokaa (siglo III antes de nuestra era) y el emperador Constantino (siglo IV de nuestra era) convocaban a concilios, budista en el caso del primero, cristiano en el segundo, sin duda se unían menos por la mística que por la política: para unificar un imperio, indio o romano, primero hay que concentrar a los espíritus y luego entrojarse los éxitos militares por medio de una fe conquistadora. “Triunfa con ese signo”, habría intimado Cristo en su cruz a Constantino

durante la batalla del puente Milvio. Después de haber mandado degollar a su hijo y ahogar a su hija, el augusto vencedor “convirtió” al imperio a la fe cristiana y convocó al primer concilio ecuménico en la ciudad de Nicea (en griego, *nikê* significa victoria).

Esa mezcla de militantismo religioso y de militantismo profano conoció muchas ilustraciones históricas en las que la voluntad de poder prevalece sobre el espíritu de piedad. En la época contemporánea, cierto dictador irakí, que no tiene ninguna convicción religiosa probada, pudo sumir a su país en diez años de guerra santa. Aquellos dignatarios del III Reich, incluyendo a Hitler, llevaron a su pueblo a una guerra muy poco cristiana, pagando escrupulosamente su ofrenda del culto a la Iglesia. Abusando de la confianza de los creyentes, todos esos jefes pensaron poder disponer libremente de la vida de sus gobernados. Interpretaron a su cruel manera el salmo 138 de David a su Señor: “Contra la ira de mis enemigos extenderás tu mano.”

EPÍLOGO: EL PORVENIR DEL LAICISMO

¿E l “regreso de lo religioso” es la derrota de los no creyentes? La respuesta no es simple al ser tan variadas las formas de esa incredulidad.

En último caso, el retroceso del comunismo, suponiendo que se prolongue, es el del “partido de los sin Dios”. Pero el ateísmo militante, por su voluntad de promover al hombre, también representa un llamado a la superación que prefigura una trascendencia. Frente al “horror económico”, ateos y creyentes pueden unirse para promover lo que Malraux llamaba *La esperanza* y Péguy la “pequeña esperanza”.

Más moderado dentro de su rechazo a resolver el debate sobre la existencia de Dios, el agnosticismo estaría amenazado por el ascenso de los fanatismos y de los integristas. También se puede observar que, en su historia, las iglesias cristianas pasaron al menos tanto tiempo luchando contra las gnosis como contra la incredulidad y que detestan tanto lo irracional como el racionalismo militante. En estos tiempos de ciencias paranormales y de medicina alternativa, de trato con lo misterioso y de tráfico con los milagros, creyentes y agnósticos a menudo se unen para denunciar la invasión del esoterismo.

Más delicada es la posición del laicismo en su deseo de se-

parar el Estado de las religiones, especialmente en el ámbito de la enseñanza y la investigación. Laicismo y clericalismo siempre han sido grandes rivales.

Además, muchas veces esa rivalidad ha sido una emulación. Jamás la arqueología del Cercano Oriente habría conocido semejante intensidad si los sabios no hubiesen removido la tierra en nombre del Cielo: se ha excavado Babilonia o Nínive para probar si la Biblia estaba o no equivocada. Con frecuencia, Agatha Christie describió a esos entusiastas excavadores que cavan de acuerdo con las indicaciones de un epigrafista, jesuita o no creyente, y a veces los dos. ¿Por qué, en Francia, la escuela laica incluyó a Egipto, Grecia y Roma en el programa de historia de primer año de secundaria? Para que las religiones “paganas” le hagan la competencia al catecismo, en el año de la comunión solemne.

Cinco países en el mundo habían inscrito ese laicismo en sus instituciones: Francia (en 1793 y 1905), México (en 1917), Turquía (en 1923), Japón (en 1946) e India (en 1947).

Pero actualmente, la República francesa subsidia a la enseñanza privada, en particular la católica. En México, desde 1991, el gobierno reconoce oficialmente a las iglesias. En India, el ascenso en potencia de los nacionalistas hindúes es una victoria del hinduismo militante. En Turquía, los islamitas desempeñan un papel creciente en las municipalidades y en la universidad. En cuanto a Japón, en él numerosas sectas desempeñan un papel político importante.

En Europa, el laicismo es minoritario. Dinamarca y el Reino Unido tienen una religión de Estado, una es luterana y la otra calvinista. En Irlanda, la Constitución fue promulgada “en nombre de la Muy Santa Trinidad”, y en Grecia “en nombre de la Trinidad santa, consustancial e indivisible”. En este último país, se menciona la pertenencia religiosa en la tarjeta de identidad.

En países como España, Italia, Bélgica y Luxemburgo viven bajo un régimen concordatario donde las relaciones entre la Iglesia católica y el Estado se establecen mediante un tratado firmado con el Vaticano. Ese acuerdo sigue en vigor en Alsacia y en Mosela: desde la época de Napoleón, mantenido por Bismarck, no fue denunciado cuando esa provincia y ese departamento fueron recuperados por la Francia “laica”, en 1918. Claro está que ahí las ventajas financieras, para los fieles y el clero, no son despreciables.

Así se deplora o se disfruta de ello, las divergencias religiosas siguen siendo elementos capitales en el tablero político. Sólo desaparecen cuando hay que combatir a un nuevo “pagano” totalitario: entonces, se unen, según la palabra de Aragón, en una misma Resistencia, “aquel que creía en el Cielo” y “aquel que no creía en él” (*La rosa y la reseda*).

Pero tan pronto se aleja la amenaza, vuelven a aparecer los antiguos conflictos. Lógicamente, se afirman las convicciones personales y, por derecho, la libertad de conciencia. Entonces, no queda sino organizar, para bien o para el menor mal, lo que Paul Eluard llamaba “la inmensa multitud en la que el hombre es un amigo”.

ANEXOS

GLOSARIO

aculturación: asimilación por parte de una religión de la cultura de un país o de un continente. Se habla, por ejemplo, de la aculturación del cristianismo en el África negra animista.

almuecin: religioso musulmán de una mezquita y que, desde lo alto del alminar, llama a los fieles a orar. Lo reemplaza cada vez más una grabación, un poco como el campanero que ha dejado su lugar a un minuterero eléctrico.

amish: grupo protestante tradicionalista, constituido en Suiza en el siglo XVII que se refugió en Estados Unidos en el siglo XIX, en Indiana y en Pennsylvania. Los miembros de este grupo rechazan la mayoría de los progresos técnicos como la electricidad, el teléfono o incluso el automóvil, en lugar del cual prefieren el carruaje tirado por caballos.

anabaptistas: grupo protestante que sólo bautiza a los adultos y vuelve a bautizar a los cristianos convertidos. Las otras confesiones cristianas, por el contrario, bautizan a los niños y reconocen la validez del bautizo recibido en otra Iglesia.

avesta: colección de antiguos textos sagrados del zoroastrismo o religión de Zaratustra.

budismo: religión o regla de vida predicada por los discípulos de Buda (“el Despierto” en sánscrito), indio noble que habría vivido en el siglo VI antes de Cristo.

budismo tibetano: síntesis de una antigua religión local (bon) y del tantrismo.

canon: designa el conjunto de libros que pertenecen al cuerpo de las Escrituras judías o cristianas y contribuyen a formar la regla de la fe. Los textos no canónicos se llaman “apócrifos”.

caodaísmo: religión vietnamita fundada en el siglo XX, que cuenta con aportaciones occidentales y orientales. Venera a Buda, a Lao-Tse (fundador del taoísmo), invoca a Sun Yat-sen (fundador de la República china), a Victor Hugo (símbolo de la República francesa) o a Juana de Arco.

charia: ley religiosa musulmana que detalla las obligaciones provenientes del Corán o de la tradición (*sunna*). Numerosos castigos (amputaciones) o imperativos (uso del velo) de hecho provienen de viejas legislaciones del Cercano Oriente (como el código de Hammurabi) muy anterior a Mahoma.

chiismo: rama del islam, representada sobre todo en Irán y en Irak que invocan a Ali, el yerno del Profeta que se había opuesto a los sucesores de Mahoma, los califas.

confucianismo: doctrina moral y social del filósofo chino Kongfuzi (Confucio) que, en el siglo VI antes de Cristo, otorgó una enseñanza de sabiduría moral y de disciplina social.

culto de Mitra: culto proveniente de la religión iraní tardía y que se dirige a una sola divinidad masculina, Mitra, la luz que venció al toro primordial. Este culto, muy popular entre los soldados romanos, fue el gran rival del cristianismo. Además, la fecha de Navidad, el 25 de diciembre,

corresponde al solsticio de invierno y a la fiesta de Mitra, el “Sol invencible”, nacido, como Jesús, entre los pastores.

culto del carguero: culto que aparece en el siglo XIX en Melanesia. Los indígenas se extasiaban ante las mercancías que desembarcaban los navíos (cargueros) occidentales cuyo regreso esperaban como si se tratara de un mesías.

djihad: esfuerzo personal, combate interior y lucha colectiva que, para el islam, culminan en la guerra santa. El equivalente cristiano fue la cruzada, mientras que el judaísmo militante (en tiempos de Jesús) predicaba el “celo”, es decir, el ardor para servir a Dios, armas en mano.

dogma: opinión filosófica (del griego *dogma*) consagrada por una religión y que se considera una verdad revelada o una certidumbre fundamental.

hinduismo: religión practicada en el subcontinente indio, que se inspira en la tradición de los Veda y que venera a numerosas divinidades, como Shiva o Visnú. Los sacerdotes (brahmanes) conservan los textos y la doctrina sagrada que enseña cómo elevarse en el ciclo de renacimientos (*samsara*) gracias a buenas acciones (*karman*) y cómo mantener el orden (*dharma*) del universo, en especial en el terreno social (castas).

iglesia anglicana: rama de la Reforma, de tradición calvinista, nacida del rechazo del papa al divorcio del rey de Inglaterra Enrique VIII. Los católicos de ese país y, más tarde, sus colonias, hicieron escisión para fundar esta Iglesia protestante.

iglesia calvinista: grupo de iglesias que invocan al reformador Juan Calvino (1509-1564).

inmaculada concepción: el hecho de que María, la madre

de Jesús, haya sido preservada del pecado desde su concepción. No hay que confundirlo con la concepción virginal: el hecho de que Jesús haya nacido de una virgen.

ismaelianos nizaritas: rama del chiismo, procedente de Pakistán y que reconoce como jefe a Aga Kahn, considerado un descendiente del Profeta.

Mahabharata: libro sagrado del hinduismo que se remonta a la época de los Veda y que describe, en el género heroico, la lucha de clanes rivales de orígenes étnicos diferentes (indoeuropeos o dravidianos). Dentro del *Mahabharata* está intercalado el famoso poema filosófico *Bhagavad-Gita*.

mantras: literalmente “instrumento de pensamiento” (en sánscrito), esas fórmulas sagradas (dentro de las cuales la más célebre es *om*) están compuestas de sílabas místicas que, por efecto de la repetición, se supone que aumentan su valor invocador y que dan al que las pronuncia un poder sobrenatural. Utilizados en el hinduismo y el budismo, a menudo con ayuda de un rosario, los mantras evocan el rosario de los católicos.

mormones (o Iglesia de Jesucristo de los santos de los últimos días): iglesia fundada en 1830 por Joseph Smith y que afirma que Jesús y algunas tribus de Israel habrían emigrado a América. En sus orígenes polígamos, los mormones piensan que cualquier hombre puede recibir el bautismo y, en consecuencia, la salvación eterna, de manera póstuma. Así, en el mundo entero, se dedican a investigaciones genealógicas y a fichar a todos los muertos.

pequeño vehículo (hînayana): forma original del budismo que enseña el “camino de los ancianos” (*theravada*) y que se practica en la península indochina y en Sri Lanka. El

budismo japonés o chino pertenece, al contrario, al Gran Vehículo (mahayana).

predestinación: elemento de la fe del calvinismo primitivo según el cual cada creyente está o no predestinado a la salvación eterna por la sola gracia de Dios.

reforma: conjunto de modificaciones aportadas a la doctrina católica por los grandes reformadores, como Lutero o Calvino. En el sentido estricto del término, sólo las iglesias que proceden de la “segunda reforma” (la de Calvino) se dicen reformadas.

religión cananea: conjunto de creencias politeístas de la Palestina y la Fenicia antiguas. La religión de Ugarit (Siria del Norte), que influyó considerablemente en los profetas de Israel, forma parte de ese conjunto.

religión iraní: religión del Irán (es decir, país de los arios) antiguo, de origen indoeuropeo y emparentado con la religión de los Veda. Será reformada por Zoroastro (o Zaratustra)

secta: palabra que proviene del latín *sequor* (“seguir”) e influida por el verbo *seco* (“cortar”). Designa un movimiento religioso de pequeñas dimensiones que con frecuencia se ha separado de una gran confesión para seguir a un jefe.

sintoísmo: creencias animistas y politeístas de los japoneses que constituyen el camino de los dioses (kami). La propia religión japonesa es una mezcla de sintoísmo, a menudo centrado en la fecundidad y el nacimiento, y de budismo, orientado más bien a la domesticación de la muerte.

sikhismo: religión monoteísta fundada en el siglo xv y fuertemente influida por el islam. Los sikhs rechazan las ins-

tituciones hindúes (como el sistema de castas) pero participaron significativamente en el movimiento de independencia de India.

suras: divisiones del Corán, los suras son clasificados por orden de extensión decreciente y corresponden a épocas y a lugares de elaboración diferentes (suras de Medina y de la Meca).

sunnismo: corriente mayoritaria del islam que agrupa a un 90 por ciento de los musulmanes. A diferencia del chiismo, invoca a los primeros califas, sucesores de Mahoma, e insiste en la unidad de la comunidad (*sunna*) de creyentes.

sutras: literalmente “hilo conductor”. Palabra sánscrita que designa un texto budista que sigue el hilo de una doctrina. Uno de los más célebres es el *Kama-sutra* o “hilo del amor”.

tantrismo: forma del hinduismo y del budismo tardío fundado en el estudio de tantras (“tramas”), manuales esotéricos de contenido muy diverso.

taoísmo: religión china que se remonta a los discípulos de Lao-Tse (siglo VI antes de Cristo) y que se funda en el camino (*tao* o *dao*) que cada uno debe seguir para tener éxito en su vida.

veda: religión de India anterior al hinduismo y fundada en los Veda (en sánscrito “saber”), colecciones sagradas de origen indoeuropeo (ario), consideradas como reveladas y cuyo contenido muy diverso constituye la base de la civilización india.

zazen: meditación en postura sentada practicada por una escuela budista de meditación. Llamada zen en Japón,

fue importada de China en el siglo XIII (donde se llama chan) por un monje indio de origen iraní.

Zoroastro (o Zaratustra): reformador de la religión iraní (siglo VI antes de Cristo) de la que hizo un culto mono-teísta al dios del Bien, Ahura-Mazdá (el “Señor sabio”). Éste se opone a un espíritu del mal y ese dualismo influyó en numerosas religiones o sectas, en especial el maniqueísmo. El ensayo de Nietzsche, *Así hablaba Zaratustra*, es una adaptación muy libre y a menudo infiel.

BIBLIOGRAFÍA

- Akoun, A. (dir.), *Mythes et traditions*, 3 vols. , Brepols, 1990.
- Clévenot, M. (dir.), *L'état des religions dans le monde*, La Découverte/Le cerf, 1987.
- Éliade, M., *Histoire des croyances et des idées religieuses*, 3 vols., Payot, 1989.
- , *Tratado de historia de las religiones*, México, Era.
- , *Le dictionnaire des religions*, Presses-Pocket, 1992.
- Grigorieff, V., *Religions du monde entier*, Marabout, 1989.
- Malherbe, M., *Les religions de l'humanité*, Hachette, 1994.
- O'Briens, J., M. Palmer, *Atlas des religions dans le monde*, Autrement, 1994.
- Puech, H.-C. (dir.), *Histoire des religions*, 3 vols., Gallimard, col. "Encyclopédie de la Pléiade", 1976.
- Saba Sardi, F., *Le grand livre des religions*, Hachette/Deux Coqs d'or, 1992.
- Vallet, O., *Qu'est-ce qu'une religion?*, Albin Michel, 1992.
- , *Femmes et religions*, Gallimard, col. "Découvertes". 1994.

ÍNDICE TEMÁTICO

- aborto 67
Abraham 15, 21, 50-52, 85, 93
Afganistán 36, 40
África 14, 18-19, 30, 32, 36, 40,
55, 57, 92
Aga Khan 41
agnóstico, agnosticismo 14,
18-19, 98
Alemania 24-25, 30
Amish 75
anabaptistas 76
anticoncepción 25, 67
Antiguo testamento 15
animista, animismo 14, 17, 22,
37, 50-57, 72
Arabia Saudita 14, 40
Arabia 33, 35, 40-41
Argelia 36
artes marciales 44
Asia 28-32, 34, 36-37, 55
Asís 10
ateo, ateísmo 14, 18-19, 45, 98
Avesta 21
ayatolas 20, 41
Babilonia 18
Bangladesh 36-37, 46
bautismo 87, 95
Benarés 53, 72
benedictinos 23, 82, 91, 94
Biblia 9, 15, 20-21, 30, 33, 68,
78, 95, 99, 67
bioética 67
Bossuet, Jacques Bénigne 52
Buda 9, 16, 29, 48, 62, 67, 77, 94
budismo 9, 14, 16-17, 20, 22,
39, 43, 45, 46-47, 48, 51, 69,
75, 77, 91
brahmanes 43
Brasil 25, 31, 56
Calvino, calvinistas 25, 31, 69
caodaísmo 16, 90
Carlomagno 23
castas 38
catolicismo 19, 28-29, 31, 35, 43
católicos 8-9, 18, 23-27, 35, 93
celta (religión) 19, 50
Cercano Oriente 18-19, 34, 64,
66, 88-89, 92, 99

- chamanismo 72
 Charia 39-40
 chiitas, chiismo 36, 41
 China 14, 36-37, 39, 43, 45,
 46-47, 85, 91, 94
 china (religión) 14, 16
 CIA 40
 Cicerón 13
 cisma 17, 23, 28, 41
 comunismo 7, 19-20, 24,
 44-45, 53, 92, 98
 confucianismo 16, 47, 69
 Constantinopla 34, 37
 coptos 31
 Corán 19-20, 33, 37, 39, 68, 95
Credo 23
 cristianos 14, 16, 29, 65
 Cristo 16, 43, 62, 76, 96
 cristianismo 15-17, 20, 23-32,
 34-35, 38-39, 42-43, 52, 57, 65,
 69, 85, 89
- dalai-lama 47, 45, 91
 dogma 61
 dominicos 43
 druidas 19
- ecología 53-56
 Egipto, egipcios 36, 56, 68, 99
 Einstein, Albert 9
 Elohim, El 15, 65
 erotismo 65-66
 Escandinavia 31
 España 8, 29, 34, 64, 93, 100
 Estados Unidos 8, 25, 31, 53,
 57, 67, 79
 Etiopía 37
 Europa 19, 23-25, 27, 30, 36-37,
 100
- eutanasia 71
 Evangelios 20, 51, 66
 éxtasis 70
 Extremo Oriente 37, 43, 45, 73
- fe 9, 15, 20, 22, 24, 27-28, 30-31,
 36, 39, 41, 47, 51, 59-97
 Filipinas 29, 31
 francmasonería 45
 Francia 8, 25, 49, 65, 79,
 99-100
 Freud, Sigmund 9, 61
- Graham, Billy 21
 Grecia (antigua) 18, 48, 85, 99
 griegos (de la Antigüedad)
 16-18, 68, 92
- hinduismo, hinduistas 14, 17,
 22, 38, 43, 46-47, 53-54, 62,
 64, 67, 69, 72, 77
 hugonotes 25
- Iglesia anglicana 9, 26-27, 29
 Iglesia calvinista 29
 Iglesia católica 28-29, 52, 62,
 100
 Iglesia etíope 31
 imanes 61
 imperio otomano 19
 India 32, 36, 38, 44, 46, 48, 94,
 99
 Indo 37-39, 42, 49
 Indonesia 36-37, 39, 46
 Inglaterra (Gran Bretaña,
 Reino Unido) 8, 26, 79, 99
 Inquisición 43
 Irán 14, 36, 40-41
 iraní (religión) 15

- Iraq 36, 41
 islam 15, 17, 19-21, 33-42, 45, 47,
 52, 55, 67, 83, 85
 Israel (estado de) 78-79
 Italia 8, 25, 31, 100
- jaino 47
 Japón 14, 46-47, 94, 99
 Java 37
 jesuitas 43
 Jesús 15, 29-32, 34, 42, 51-52,
 62, 65-67, 76, 81, 89
 judaísmo 15, 17, 20-21, 38, 42,
 65, 75, 79, 83, 85
 judíos 9, 16-17, 65
- Lacan, Jacques 65
 laicismo 98-100
 Lourdes 8, 53, 70, 72
 Lutero, luteranos 31, 61
- Mahabharata 77-78
 Mahoma 14, 34-35, 41-42
 Malasia 46
 Marruecos 36
 Marx, Karl 9, 61, 92
 marxismo 24, 40, 45, 55, 92
 Meca 40-41, 51
 México 25, 31
 Mitra (culto de) 72, 99
 Moisés 34, 42
 monoteísmo 34, 94
 mormones 9, 31
 Moscú 20-21, 24-25
 muerte 69, 71, 73
 musulmanes 14, 18, 37, 65, 89
- Naciones Unidas 17
 Nepal 46, 56
- negros estadounidenses 27,
 30-31, 40
 Nietzsche, Friedrich 61, 68
 Nigeria 36
- Oceanía 29-30, 57
 ortodoxia 21, 30-31, 35, 45
 ortodoxos 18-19, 23-24, 93
- Pakistán 36-41, 56
 Palestina 33, 89
 papa Clemente VII 26
 papa Juan Pablo II 10, 24, 73
 paraíso 7, 15, 70, 73
 Pequeño Vehículo 20, 46, 77
 persas 41
 Polonia 7, 24
 politeísta, politeísmo 20, 42-43
 proselitismo 45
 protestantes 18, 27
 protestantismo 27-29
 psicoanálisis 65, 69
- Québec 27
- ramadán 36
 Reforma (protestante) 19, 25,
 27-30, 83
 Roma 18, 24, 28-29, 35, 85-86,
 99
 Rusia 24-25, 79, 93
- san Agustín 63
 san Benito 23
 san Francisco de Asís 65
 san Juan de la Cruz 65
 san Juan (apóstol) 61
 san Pablo 17, 31-32, 60, 62, 68,
 71

- san Pedro 51
- santo Tomás de Aquino 76, 79
- secta 20, 77
- sikhs, sikhismo 38, 47
- shintoísmo 16, 22, 47, 69, 94
- Sri Lanka 46-47, 94
- Stalin 24
- stupa 22, 51
- sunnitas 36

- tantrismo 46-47, 63-64
- taoísmo 14, 22, 43, 45, 64, 69, 72
- Teilhard de Chardin, Pierre 48, 52, 84
- televangelista 21, 29
- Tertuliano 13
- Tíbet 46, 91
- Turquía 32, 36, 99-100

- UNESCO 81
- URSS (CEI) 19, 36, 39, 53, 79

- Vaticano 8, 61, 100
- Vaticano II (Concilio) 17, 75
- Veda 21
- Vietnam 16, 46
- Virgen (María) 42, 59, 76
- Visnú 38, 77, 90
- vudú 57

- Yahvé 15
- Yeltsin, Boris 21
- yin y yang 64
- yoga 44

- zen 44

ODON VALLET. Nacido en 1947, ex alumno de la Escuela Nacional de Administración (ENA, promoción François Rabelais), graduado del Instituto de Estudios Políticos de París, doctor en derecho y doctor en ciencias de las religiones, Odon Vallet enseña en las universidades París I y París VII. Sus cursos versan principalmente sobre los orígenes y la actualidad de las ideologías y de su práctica, en especial a propósito de las relaciones entre política y religión, y entre derecho y sociedad. Igualmente prepara a estudiantes y funcionarios para el examen de cultura general de los concursos administrativos. Colabora con regularidad en las revistas *Mots* (lexicología política) y *L'Histoire*, así como en los periódicos *La Croix*, *Le Monde* y *Le Temps*.

Sus principales publicaciones son: *Principes du politique* (Masson, 1990), *L'école* (Albin Michel, 1991), *Qu'est-ce qu'une religion?* (Albin Michel, 1992), *Femmes et religions* (Gallimard, col. "Découvertes", 1994), *Culture générale* (Masson, 5a. ed., 1995), *L'État et le politique* (Flammarion, col. "Dominos", 1994), *Administration et pouvoir* (Flammarion, col. "Dominos", 1995), *Le Honteux et le Sacré* (Albin Michel, 1998).

ÍNDICE

Prólogo	7
<i>Una explicación para comprender</i>	
La mezcla de creencias	11
Las religiones compiten entre sí	13
El cristianismo se descentra	23
El islam se globaliza	33
Las religiones del Extremo Oriente seducen	42
Resurge el animismo	50
<i>Un ensayo para reflexionar</i>	
Las funciones de la fe	59
Perpetuar la vida	63
Conservar la memoria	74
Santificar las alianzas	84
Epílogo: el porvenir del laicismo	98
Anexos	101

tipografía: minion display y minion expert display
impreso en

16 de mayo de 2003